

Claustro de Santillana del Mar. — «No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada. Porque Él mandó a sus ángeles que cuidasen de ti; los cuales te guardarán en cuantos pasos dieses, te llevarán en las palmas de sus manos, no sea que tropiece tu pie en alguna piedra»

(Salmo CX, 10|12)

la fiera con su daga, por el mismo sitio en el que el rey persa atraviesa al león alado. Pero un personaje que no hemos encontrado hasta ahora aparece detrás del guerreiro; es un ángel que posa las palmas de sus manos sobre los omoplatos del luchador. He aquí una alusión bien clara a las palabras del salmo



Santa María del Yermo (Santander). — Tímpano interior. «El Señor mandará sobre ti sus ángeles...»

que comentamos; en él se nos dice: «No llegará a ti el mal ni el azote se acercará a tu morada. Porque Él mandó a sus ángeles que cuidasen de ti, los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres, te llevarán en las palmas de sus manos, no sea que tropiece tu pie en alguna piedra.»

Un bellissimo tímpano interior de la iglesia de Santa María del Yermo, también en la provincia de Santander, en la que tan noble representación tiene el arte románico, reproduce estos mismos versículos del salmo. La escena, sin embargo, está representada de distinta manera, la amplitud del

tímpano da margen para el desarrollo de la misma. Un caballero completamente armado, así como su caballo, luchan con una fiera terrible, que llena de gracioso movimiento y ciñéndose al arco apuntado del tímpano, de un modo admirable, se lanza sobre el guerrero que ha roto ya su lanza, que asoma cla-



Soria. Claustro de San Pedro el Viejo. — «Andarás sobre los áspides y basiliscos»

vada en uno de los brazuelos de la fiera. Este animal, de un tamaño mucho mayor que el caballo y caballero juntos, despreciando el caballo, se lanza sobre el guerrero, que la hiera con un puñal que blande con una de sus manos, mientras con la otra se apresta a descargar sobre la fiera su maza de guerra.

En el hueco que queda detrás del guerrero y el cuerpo del caballo, un ángel

acude volando en defensa del caballero, adelanta sus manos que parecen recoger parte de su túnica para hacer más fácil el vuelo. La belleza de esta composición, como la de todas las que vamos exponiendo en estos comentarios me llevaría a hablaros de la habilidad de aquellos artistas, no superada



Soria. Claustro de San Pedro el Viejo. — «Andarás sobre los áspides y basiliscos»

en nuestros días; pero otras palabras de este mismo salmo, esculpidas en el claustro de San Pedro el Viejo de Soria, nos esperan con sus tragos, preguntándonos qué misterio se encierra en sus atormentadas representaciones.

En el primer capitel, un guerrero hunde su daga en la garganta de un terrible basilisco que enrosca su venenosa cola; detrás del guerrero, una feroz

serpiente trata de morder a éste en el cuello. Al otro lado del mismo capitel un hombre desnudo de medio cuerpo para arriba y tocado con una gran melena, cabalga sobre un basilisco, mientras otro domina a un león tratando de abrir sus fauces. En el capitel siguiente un guerrero lucha con dos dragones



Soria. Claustro de San Pedro el Viejo. — «Hollarás los leones y dragones»

alados, a la manera del Gilgaméché clásico. Son de notar los bellos ábacos que coronan estos capiteles, sobre todo el último, en el que aparecen una bella guirnalda formada por hojas de vid y racimos de uva, cuyo significado hemos expuesto, así como el de las piñas que aparecen en la esquina del ábaco. Estos motivos decorativos nos dicen claramente que estos luchadores están unidos

en Dios viviendo en Cristo, y en el salmo aludido se dice a los que así viven: «Andarás sobre los áspides y basiliscos y hollarás los leones y los dragones.»

En el mismo claustro de San Pedro el Viejo encontramos otro capitel más bellamente ejecutado; en él, el guerrero, armado de punta en blanco, de pie



Soria. Claustro de San Pedro el Viejo. — «Hollarás los leones y dragones»

sobre los tallos de una planta, que no es otra cosa que un árbol de la vida, hunde su lanza en el cuerpo de un león, mientras que en la otra cara del capitel un enorme áspid se lanza en persecución del guerrero. Estas representaciones son frecuentísimas en esta época, y en todas partes se nos aparecen esculpidas de la misma manera; ello es debido en gran parte a que este salmo era uno de

los que se decían todos los días del año en la hora de completas, última parte del oficio litúrgico que aun conservamos los monjes benedictinos.

La exquisita amabilidad de mi querido amigo el distinguido arquitecto don Emilio Canosa me proporciona unas fotografías de los bajo-relieves existentes en la puerta de San Ivo de la bella Catedral de Barcelona. Estos bajo-relieves representan las mismas luchas fantásticas de las que nos venimos ocupando y tienen seguramente la misma significación simbólica.

El primero que nos encontramos reproduce la lucha de un guerrero con un grifón; su parecido con el bajo-relieve de Persépolis es muy grande, las actitudes son las mismas; únicamente el guerrero opone al trago un escudo que no tiene el rey persa. En este escudo se halla esculpida una cruz florde-lisada; ella nos dice, mejor dicho, reproduce, las frases que hemos comentado, especialmente aquella de San Efrém que dice: «el escudo es la cruz».

No es necesario hacer resaltar la belleza de estas figuras llenas de movimiento, esculpidas con una soltura y arte exquisitos; el artista ni se ha tomado la pena de colocarlas sobre un resalte que sirva de peana; no es necesario, las figuras tienen una estabilidad perfecta; he aquí el arte verdadero, el descendiente legítimo del arte griego, del arte del Oriente todo que tan bella y noblemente tomó carta de naturaleza en España.

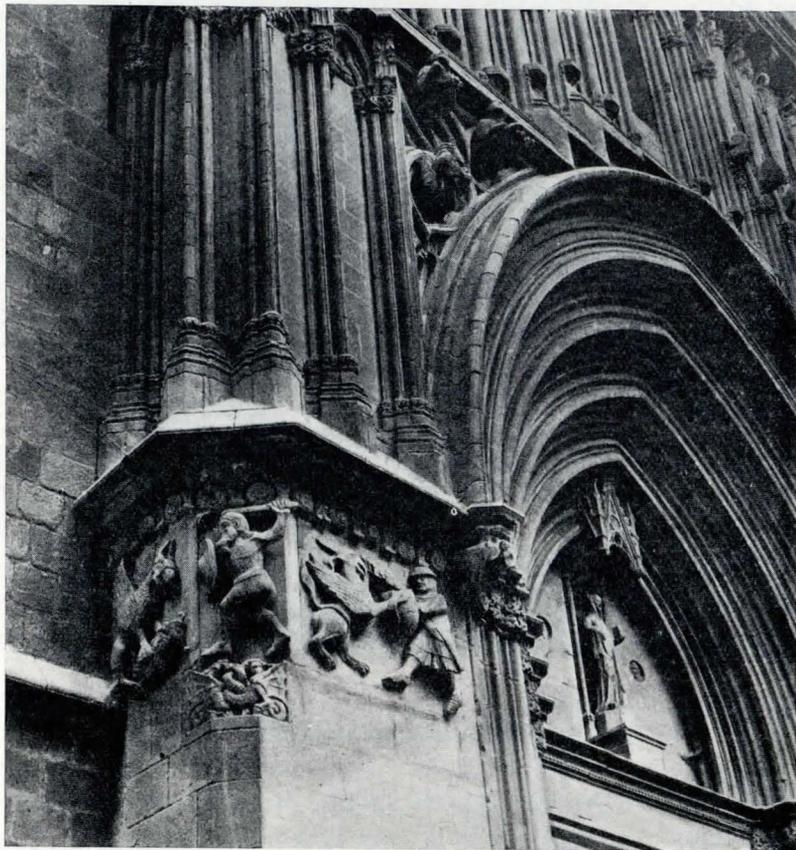
El otro bajo-relieve representa otro incidente de la lucha, el grifo defiende una presa arrebatada, mientras el guerrero se apresta a disputársela; no percibo bien en la fotografía el animal que el grifón aprisiona con sus garras. Ello me impide entrar más de lleno en el asunto. La composición es de la misma belleza que la ya descrita, ellas nos dicen cómo estas luchas se sucedían a través de los tiempos, predicando siempre las bellas palabras expuestas.

Pero el simbolismo se iba olvidando; el pueblo no lo conocía ya, y sobre estas figuras iba forjando leyendas, pues su buen sentido de la realidad le decía que las figuras esculpidas en los viejos templos tenían un significado. Muchas de estas leyendas son conocidas de todos, las hay en todos los pueblos; estos bajo-relieves tienen también su leyenda.

La tradición dice que este caballero no es otro sino el guerrero Vilardell que mató a un dragón que los moros trajeron a la comarca del Vallés, cerca de Barcelona. He aquí una tradición que pone bien de relieve los sentimientos de toda una época.

En la misma puerta existe otro bajorrelieve que nos interesa más particularmente, y que también tiene su origen en el lejano Oriente.

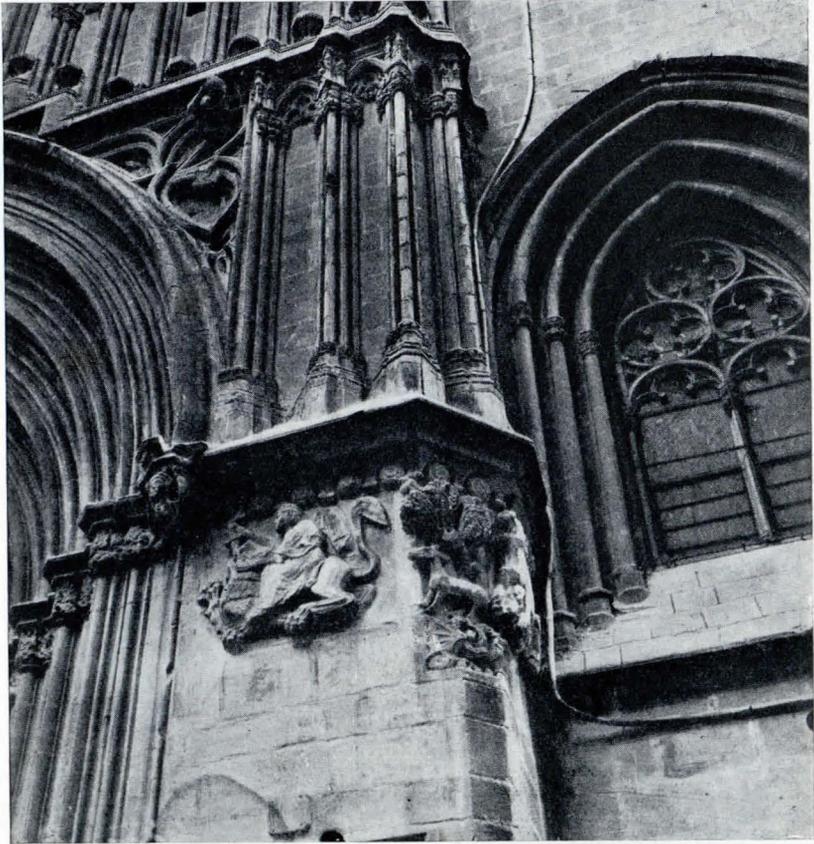
Sobre un león que se revuelve con los espasmos de la lucha, se sienta tranquilamente un personaje que hunde su espada en la boca de la fiera. Este



Puerta de San Ivo. Catedral de Barcelona. — Soldados de Cristo

león no es otra cosa que el demonio, el león que ruge y arrebató, del que nos hablan las escrituras, y del que hemos hecho ya mención. El personaje que sobre él se sienta no es otro que Cristo mismo, quien con la espada de la fe, que es la palabra de Dios, según nos ha dicho el Apóstol (1), venció y subyugó al demonio cuando le tentó en el desierto.

(1) San Pablo. Tesalonicenses, V, 8.



Puerta de San Ivo. Catedral de Barcelona. — Aun perduran en el período gótico esas luchas fantásticas

Realmente la composición de este relieve es de una belleza insuperable; el contraste entre los espasmos de la fiera y la tranquilidad de la figura que le subyuga es muy grande; ello viene a demostrar nuestra tesis: el hombre no lucha con sus músculos, no emplea la fuerza bruta, lucha con la palabra de Dios simbolizada por la espada, esta palabra divina que deshace ella sola las insidias del enemigo mortal del linaje humano.

Estas luchas tan bellamente esculpidas nos dicen cuánto era el arte y la ciencia que existía en España en aquellos tiempos calificados de bárbaros, a los que algunos espíritus fuertes de hoy, incapaces de comprender ni su arte ni la ciencia en él encerrada, miran con desprecio, o a lo más con la indulgencia del silencio.

DOS PORTADAS

LA PUERTA DE LAS VÍRGENES

En el maravilloso claustro de Silos, esa joya románicobizantina en la que culmina el arte del siglo XI en España, arte que probablemente irradia por toda la nación desde este punto y traspasa las fronteras introduciéndose en Francia, llevando consigo las tradiciones musulmanas, que se hallan esculpidas en las viejas portadas y claustros de allende el Pirineo, tradiciones que no es lógico pensar hayan llegado allí antes de las Cruzadas, sino por intermedio de España, como España les impuso, con la literatura del Divino Prudencio, la advocación de multitud de iglesias y algunas catedrales, muchas de las que recibían sus inspiraciones de aquella gloriosa iglesia española de Toledo que legislaba para España y las Galias. En este maravilloso claustro, volvemos a repetir, se encuentra una bella puerta a la que ni las vicisitudes de los siglos ni la incultura de las gentes han podido arrancar toda su belleza. Ella ha llegado a nosotros mutilada como un guerrero que ha perdido en cruentas batallas alguno de sus miembros, pero que en su prestancia nos recuerda al hombre valeroso que ha sabido derramar su sangre por la patria. Así nuestra puerta, mutilada bárbaramente, no ha perdido tampoco su valor monumental, y ella pone ante nuestros ojos la cultura de nuestros antepasados expresada por medio de un arte exquisito; ella nos dice que nuestros padres practicaban el viejo proverbio de mezclar lo útil con lo agradable, pues si su conjunto arquitectónico, la belleza del dibujo y la exquisitez de la labra de

fustes y capiteles agrada a la vista, las enseñanzas que la decoración encierra iluminan la inteligencia exponiéndonos las verdades eternas que en los sagrados libros se encuentran para nuestra enseñanza y provecho espiritual.

Nosotros, que hemos estudiado esta puerta hace muchos años, creíamos ver en ella solamente motivos decorativos; luego, más tarde, estudiando y meditando de nuevo sobre los bellos capiteles de nuestro claustro, vimos claramente su simbolismo, desciframos las enseñanzas que en ellos habían tomado forma plástica; pero al llegar a esta puerta, las dificultades se hicieron casi insuperables, no dábamos con la clave para descifrarla, y nos fueron necesarios años de observación y de estudio para resolver la dificultad. Esta consistía sencillamente en que la puerta estaba escrita de derecha a izquierda, es decir, a la manera musulmana; así se hallan esculpidos en Francia multitud de zodíacos en las portadas de los templos, así se halla la puerta Speciosa del Santuario de Estíbaliz que exponemos a continuación; es que los musulmanes fueron nuestros maestros en este arte, pues ellos fueron los artífices que en el claustro de Silos esculpieron tantas maravillas. Se me preguntará: ¿cómo estas gentes estaban tan versadas en el simbolismo? La respuesta es obvia: los monjes eran los que dirigían a nuestros artífices; entre ellos había verdaderos sabios. En los tiempos de la construcción de nuestro claustro, 1041 a 1073, regía el monasterio el santo abad Domingo Manso de Zúñiga; las obras que nos ha legado le acreditan como hombre de extraordinaria cultura, de saber profundo, de gusto artístico exquisito, todo ello avalorado por su gran santidad probada por multitud de milagros. La puerta de que nos ocupamos data seguramente de aquella época en la que Santo Domingo construyó y reformó las iglesias de Silos; los motivos decorativos de las bandas y arquivoltas son los mismos que los que ornán algunos ábacos del claustro, y que el de un friso que corría a lo largo de la iglesia vieja, marcando el arranque de la bóveda, que aun se conserva; contamos además con el testimonio del monje Grimaldo, discípulo, historiador y autor de los bellos versos del epitafio de su maestro, que en tiempo del sucesor de Santo Domingo, el abad Fortunio, de 1073 a 1116 escribía: *quam elegantes ecclesiam et omnia monasterium habitacula pene vetustate consumpta ac semiruta cum nimio labore gravi- que angustia... reedificaverit et pristino melioratoque decori restituerit.*

La puerta de que nos ocupamos constituía un bello conjunto arquitect-

Estíbaliz

S. Domingo
Manso de
Zúñiga
1041-1073

tónico, y arrancaba de unos arcos abiertos en el pleno espesor de los muros de la galería oriental del claustro; aun se ve el arranque y casi todas las dovelas del primer arco rebajado, que apoyándose en el muro de la galería norte descansaba seguramente sobre una columna al pie del comienzo de la escalera que a la puerta conduce. Esta entrada monumental y la destrucción de la escalera y de la puerta comenzaron en los tiempos del abad Curiel al construirse la capilla de San Juan, en la que pretendió hacerse un máusoleo; la destrucción continuó años después, al continuarse la escalera para comunicar el claustro alto con el bajo y la iglesia; para ello destrozaron una de las columnas, dejando parte del capitel, afortunadamente; estos vestigios son lo suficiente para reconstruir la escena en él representada.

La escalera que arrancaba de esta arquería desaparecida nos conduce a la bella puerta; en su último tramo se alza la primera columna sobre una base rectangular, que en su esquina saliente ostenta una bola a manera de garra; sobre esta base se alza la columna sobre un grueso toro y caveto. Este fuste, así como el que existía al otro lado, es completamente liso. El fuste se halla coronado por un bello capitel, en el que aparecen dos figuras de guerreros rodilla en tierra, unidos en una sola cabeza en la misma arista del capitel. La indumentaria de estos guerreros es digna de anotarse. Se hallan vestidos por una coraza formada por bandas de cuero y cubiertas de escamas metálicas; esta coraza se anuda a la cintura por cintas de cuero que parecen formar un tahalí; sus piernas se hallan forradas por bandas que las cubren completamente. Sobre la espalda de estos personajes se percibe la cabeza de una gruesa maza de guerra. Sus cabezas, que parecen cuidadosamente peinadas, se hallan en realidad cubiertas con un casco de cuero con escamas metálicas. En el centro del capitel un águila asoma su cabeza armada de un pico recio recurvado; sobre ella se halla un grueso dado; esta cabeza sale de entre dos hojas que forman volutas en las esquinas del capitel, volutas que, como la cabeza del águila, sostienen sendos dados. Sobre el capitel corre una imposta que sirve de sostén al primer arco, sobre el que corre una arquivolta de guirnaldas, cuyas volutas recuerdan los báculos pastorales. La imposta corre a lo largo de la puerta para servir de apoyo a una serie de arcos que se cobijan los unos a los otros, y está decorada por palmetas y grandes flores, ya muy mutiladas, sobre todo en su parte inferior. En el último entrante de la imposta, al final

interior del último arco, corre una bella arquivolta de guirnaldas también formando volutas de báculos en sus escotaduras. Unas estrellas nos dan la clave de la puerta; su número nos dice que nos encontramos ante la plenitud de los tiempos.

El último arco, la puerta misma, se alza sobre dos bellas columnas colo-



Claustro de Silos. — La Puerta de las Vírgenes

cadas sobre pequeñas bases rectangulares; sobre ellas hay un grueso toro, un caveto y un pequeño listel, el fuste de la derecha se halla bellamente ornamentado por cintas de perlas; sobre ellas corre una gruesa cuerda en la que se apoya el capitel, ornamentado por dos personajes, vestidos y armados lo mismo que los que en la primera columna hemos descrito; ellos sujetan con dos grue-

sas cintas a dos leones rampantes que afrontan sus cabezas; la cinta pasa por las bocas de los animales, sujetándolos fuertemente. Los elementos decorativos del interior del tambor son los mismos que en el primero, exceptuando la cabeza de águila que en éste no existe. La imposta de la que hemos hablado forma el ábaco del capitel, la decoración ha cambiado por completo; en él, unas cabezas de lobos vomitan tallos de plantas, que formando una guirnalda que en la esquina del capitel se enredan en una intrincada trenza, formada por los tallos; en las escotaduras que la guirnalda forma aparecen siete estrellas, siendo de advertir que este número de estrellas ha sido deliberadamente esculpido, pues si fuera un simple motivo ornamental ellas hubieran ocupado todas las escotaduras y aparecerían en mayor número.

El fuste de la columna de la izquierda se halla sobre una base igual que la de la columna anterior, está formado por una serie de curvas imbricadas que semejan las mallas de una red; en el interior de estas mallas se hallan una serie de cuerpos cilíndricos que semejan cuerpos y colas de ofidios. El capitel arranca también de una gruesa cuerda y sobre ella aparecen los mismos personajes; ya no aprisionan leones, sino que con sus manos sujetan fuertemente por los brazos a un personaje rechoncho, y como ellos vestido, al que con grandes esfuerzos obligan a sentarse, haciéndole cruzar sus piernas. Sirven de dosel a este personaje las volutas de las gruesas hojas que ya aparecen en el primer capitel, y que saliendo por detrás de los cuellos de los guerreros forman las volutas de éste para sostener unos gruesos dados. El ábaco está formado por la imposta correspondiente; también ha variado por completo la decoración; sin embargo, encontramos los mismos lobos vomitando tallos idénticos que en la esquina del mismo forman dos graciosas curvas, aprisionadas por el pico de un buho, del que sólo se ve la cabeza vuelta hacia arriba; bajo el arco corre una arquivolta ajedrezada. Ya no nos queda más que describir el capitel mutilado, en el que se perciben aún las alas de un águila que levanta airosa su vuelo; tras de ellos asoman sus cabezas por unas hojas iguales a las del primer capitel los dos guerreros que aparecen en todos ellos.

Henos aquí ante el misterio; afortunadamente nos hemos encontrado con unas estrellas que nos han dicho cómo nos hallamos en la plenitud de los tiempos; hemos encontrado luego otras siete estrellas en un ábaco, ellas nos dicen que ante nosotros se halla una página del Apocalipsis de San Juan.

Estos guerreros no son otros sino aquellos de quienes nos hablan los versos sibilinos:

Ay, ay de ti, Gog, y ay de todos luego con Magog,
 Marsos y Angon. ¡Cuántos males trae para ti el hado!
 Muchos también para los hijos de los Hydios, Migdores y Frigios.
 También muchos para las gentes de Pamfilia; caerán muchos de los Hydios.
 Y de los Moros, y de los Etiopes, y de las gentes de lenguas bárbaras.
 Y de los Capadocios, y de los Arabes... (1).

Estos son aquellos guerreros que aparecen ya en el Génesis, primero, como Gog, rey de Magog (2), en los Paralipómenos más tarde (3), y de los que habla largamente el profeta Ezequiel (4), vaticinando su papel destructor, y presentándoles ya como dos individuos distintos. Estos personajes aparecen por último en el Apocalipsis de San Juan como destructores de la tierra y precursores del Anticristo (5), después de transcurrido el milenario glorioso en que Cristo ha reinado en paz con los mártires. Ciñámonos a las palabras del libro sagrado para desarrollar luego el comentario anecdótico de las mismas, esculpido en esta bella puerta de nuestro maravilloso claustro de Silos.

He aquí las palabras del Apocalipsis que han tomado forma plástica en nuestra puerta: «Mas al cabo de los mil años, será suelto Satanás de su prisión, y saldrá y engañará a las naciones, que hay sobre los cuatro ángulos del mundo, a Gog y a Magog, y los juntará para dar batalla, cuyo número es como las arenas del mar. Y extendiéronse sobre la redondez de la tierra y cercaron los reales o «acampamento» de los Santos y la ciudad amada. Mas Dios llovió fuego del cielo que los consumió; y el diablo que los traía engañados, fué precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde también la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Después vi un gran solio reluciente, y a uno, esto es, a Jesu Cristo, sentado en él...» (6).

(1) Sybilla, lib. III. *Orac.*

(2) Génesis, X, 2.

(3) Paralipómenos, V, 4.

(4) Ezequiel, XXXVIII, 2, 3, 14, 16, 18; XXXIX, 1, 11, 15.

(5) Apocalipsis, XX, 7.

(6) Apocalipsis, XX, 7-11.

Estas palabras, al plasmarse en nuestra puerta han tomado un sentido anecdótico, se han hecho populares; en ellas aparecerán las creencias populares de aquella lejana época. Estudiemos el primer capitel de la derecha: en él aparecen los dos guerreros terribles Gog y Magog; vedlos unidos en una



Claustro de Silos. — Gog y Magog se unen para destruir el mundo. Cristo se retira para dejarles hacer su obra

sola cabeza, dirigiendo terribles miradas, y mesándose las barbas con ambas manos; todo en ellos respira el vigor y la fuerza; la maza de guerra nos dice cuánta será su fuerza destructora.

El pueblo no sabe la procedencia de Gog y Magog, tampoco le interesa; sin embargo, la leyenda popular asegura que estos príncipes enemigos de

toda la vida al fin se unirán para destruir el mundo; helos aquí unidos en una sola cabeza, mesándose las barbas. Estas barbas son símbolo del pueblo judío; así nos lo asegura Rabano Mauro en sus alegorías, diciendo las palabras de Ezequiel: «Y tú, oh hijo de hombre, toma una navaja de barbero afilada y afeitarás con ella tu cabeza y tu barba...» (1), con lo que se quiere significar, que el Señor en sus justos juicios apartará de sí al pueblo judío y sus sacerdotes. Para el pueblo, el enemigo de Cristo ha sido siempre, y más en aquella época, el pueblo judío; nada, pues, tiene de extraño que haya intentado representarlos en estos personajes. Pero estos guerreros se mesan las barbas con ambos brazos, y el mismo Rabano Mauro nos dice que los brazos son símbolo de la soberbia del Anticristo, fundándose en las palabras de Job: «Y el brazo fortísimo será roto» (2). Nos dice también que estos brazos simbolizan las obras robustas, aplicando las palabras del salmo: «Pusiste mi brazo como brazos de bronce» (3). Ved cómo los símbolos nos llevan a descifrar el enigma que estos personajes nos presentan. Ya no puede haber duda, son Gog y Magog que engañados por el demonio se unen para hacer una obra fuerte y nefasta, trayendo al Anticristo para destruir al mundo; no pueden presentarse de modo más sencillo y admirable las palabras del Apocalipsis, ni hacerse una exégesis más acertada y popular con menos elementos. Aun hemos de analizar el águila, que en el fondo del capitel se esconde, asomando solamente su cabeza; esta águila es Cristo. Así se nos dice en las viejas fórmulas de los simbolistas: «Aquila est Christus», muchos de ellos se apoyan en las palabras del salmo: «El águila enseña a volar a sus pollos.» Así Cristo, dicen, no cesa de enseñar a sus discípulos para que vayan perfeccionándose en el camino de las virtudes. También el águila simboliza a San Juan Evangelista, a quien pueden aplicarse las palabras de Ezequiel: «Figura de Aguila encima de los cuatro» (4) porque al hablar de la divinidad de Cristo fijó, como suele hacerlo el águila, sus ojos sobre el sol, y no solamente superó a los demás evangelistas, sino que se sobrepujó a sí mismo. El águila es también el diablo, así se nos dice en las Parábolas: «El camino del águila está en el cie-

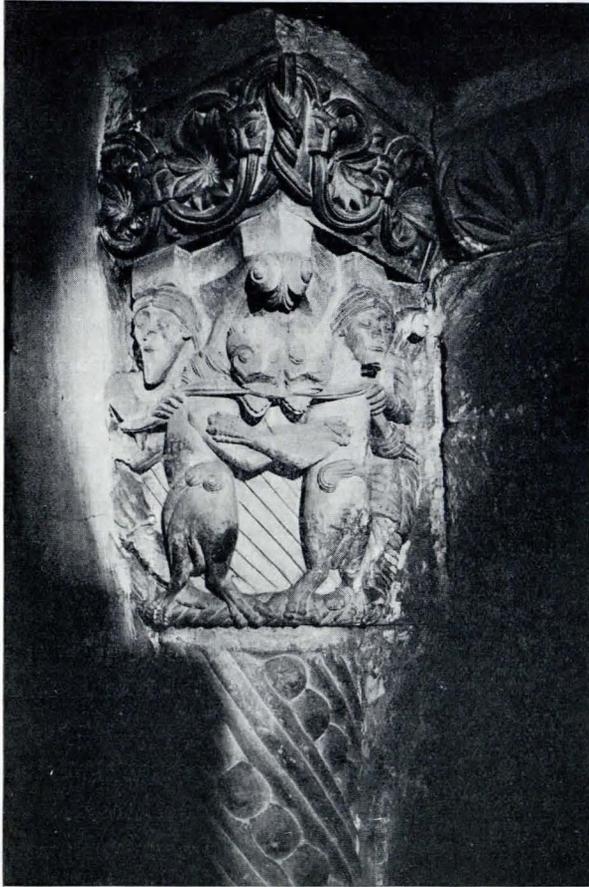
(1) Ezequiel, V, 1.

(2) Job, XXXVIII, 15.

(3) Salmo XVII, 35.

(4) Ezequiel, I, 10.

lo» (1); palabras que Rabano Mauro comenta diciendo: «La astucia del enemigo es tan sutil, que es difícil conocerla aun para los santos; del mismo modo que es difícil señalar el paso de un águila por el cielo.»



Claustro de Silos. — Gog y Magog conquistan los cuatro ángulos de la tierra y el campamento o lugar de los santos. En el ábaco aparecen las herejías

Así, pues, el águila de nuestro capitel, que representa a Cristo como luego veremos, nos sugiere también las ideas de San Juan, autor del texto que comentamos, y del diablo que toma parte muy activa en los sucesos que se

(1) Proverbios, XXX, 19.

describen. Vemos, pues, en este capitel a Gog y Magog unidos para ejecutar sus obras y a Cristo que parece retirarse para no poner obstáculos a su realización.

Pasemos a estudiar el segundo capitel; en él encontramos a los mismos guerreros de pie, sosteniendo con unas cuerdas que a manera de riendas cruzan por las bocas a dos leones rampantes, que con inauditos esfuerzos se yerguen hacia el tambor del capitel, doblando sus cuerpos violentamente para afrontarse y abrazarse con sus patas delanteras. He aquí una manera poco usada de representar a los leones en la escultura; encuéntranse en cambio con alguna frecuencia, representados de este modo, en los bordados y estampados de las telas orientales, ellos son una representación de la tierra; así nos lo asegura el célebre simbolista abate Auber (1). Examinándolos detenidamente, vemos unas riendas que sostenidas por las manos de los guerreros cruzan por entre los cuatro ángulos de sus bocas; he aquí simbolizadas las palabras: «y engañará a las naciones que hay sobre los cuatro ángulos de la tierra».

Sigue el texto bíblico diciendo: «y extendiéronse sobre la redondez de la tierra, y sitiaron los reales o acampamentos de los Santos y la ciudad amada». Realmente es imposible representar más sucintamente estas palabras, porque estos leones que simbolizan la tierra son a la vez símbolo de los Santos.

Melitón de Sardes en su célebre Clave nos dice: «Leones, son los varones santos», y Rabano Mauro nos asegura que son los varones fuertes de espíritu; para ello aduce las palabras: «El justo, lleno de confianza como el león estará exento de terror» (2). Lo que quiere decir que el santo, afianzado en la rectitud de su conciencia, no temerá las asechanzas del demonio.

Vemos, pues, al texto bíblico plasmarse en el capitel; vamos a ver cómo en el ábaco se interpola la tradición popular, que dice cómo en este tiempo surgirán gran cantidad de herejías.

Encontramos en este ábaco primeramente siete estrellas: ¿es un símbolo de las siete iglesias a las que el Apocáplisis va dirigido? ¿Simbolizan quizás los siete reyes que según la tradición popular reinarán en la tierra durante esta época? Seguramente quieren simbolizarse ambas cosas con estas estre-

(1) Auber, *Histoire et Theorie du Symbolisme Religieux* (Paris, 1884).

(2) Proverbios, XVIII, 1.

llas; pero mucho más interés tienen para nosotros estas cabezas de lobo que vomitan tallos y que simbolizan las herejías. Desde la más remota antigüedad se representan las herejías por cabezas de leones, lobos y leopardos que vomitan tallos; los lobos de nuestro ábaco son los herejes, aquellos lobos rapaces de los que dice el Señor: «Vendrán a vosotros vestidos de ovejas, pero en su interior son lobos rapaces» (1). Sofonías nos dice de ellos también: «Son como lobos al obscurecer, que devoran las ovejas no dejando ninguna a la madrugada» (2). Nuestros lobos vomitan tallos de hojas al parecer inocentes, pero en su parte superior los tallos dejan ver las espinas que simbolizan los vicios y las herejías; estos tallos salen de la boca de los lobos, simbolizando que éstas salen de la boca de los hombres como se significa en el Evangelio por aquellas palabras del Señor: «No mancha al hombre aquello que entra en su boca, sino más bien aquello que de la boca procede es lo que mancha al hombre» (3). Vamos a dejar para más tarde el hablar del interesante fuste coronado por el capitel descrito y pasemos a referir nuestro relato bíblico esculpido en el siguiente capitel.

Tres personajes aparecen en él: dos de ellos son nuestros conocidos Gog y Magog, vestidos y armados como de costumbre; el otro es un personaje rechoncho y deforme, ataviado como ellos; es realmente su prisionero. El artista ha sabido imprimir a estos personajes un movimiento tal, que claramente se ven los esfuerzos de los dos guerreros para obligar a su prisionero a sentarse. Este hace esfuerzos inauditos para impedirlo, pero ya vencido, cruza sus piernas entregándose así a sus aprehensores. Fácilmente se echa de ver la escena. Gog y Magog han terminado ya su obra, o están para terminarla; ese personaje es el diablo, que engañándolos, se ha servido de ellos para ejecutar sus maldades; éstas terminadas, ha llegado su hora terrible, el Señor va a hacer llover fuego del cielo, el demonio será consumido, las palabras que se han plasmado en nuestro capitel son las que dicen: «y el diablo que los tenía engañados fué precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde también la bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.»

(1) San Mateo, VIII, 15.

(2) Sofonías, III, 3.

(3) San Mateo, XV, 2.

Estos personajes se posan sobre una cuerda que forma el arranque del capitel; he aquí un motivo decorativo que encierra un hondo simbolismo. Sabido es que los antiguos medían las tierras heredadas con grandes cuerdas y en el



Claustro de Silos. — El diablo es precipitado a los infiernos. Los judíos se convierten al Cristianismo

libro de los Salmos se nos dice: «Esta es la medida de vuestra herencia» (1). La herencia de estos personajes es el infierno; pues bien, el fuste de esta columna no representa otra cosa sino el terrible lugar de los condenados. He aquí una tradición musulmana interpolada en el texto; no es la primera que hemos encontrado. Los musulmanes, como es sabido, dividen el infierno en

(1) Salmo CIV, 11.

varios pisos; en ellos se hallan como clasificados los pecadores sufriendo el castigo correspondiente; pero antes de llegar a ese lugar, los malvados caen a una fosa llena de serpientes, para ser devorados por ellas; luego los cuerpos rehechos pasan al lugar que les está destinado. Este fuste, pues, no es un capricho decorativo; las curvas imbricadas son las mallas de una red como hemos indicado, los cuerpos cilíndricos que vemos son simplemente un hervidero de serpientes que devoran a los condenados que caen en la sima. Gog, Magog y el diablo se encuentran, pues, sobre el abismo que va a tragarles. No me diréis que no es original e ingeniosa la manera de interpretar el texto bíblico; ella es una prueba palpable de que los elogios que hemos tributado a nuestros antepasados eran bien merecidos.

Aun nos queda que decir algo de la otra columna anteriormente descrita; en ella también hay una cuerda, ella también tiene un significado simbólico y dice: «En delicioso sitio me cupo la suerte: hermosa es, a la verdad, la herencia que me ha tocado.» El fuste de la columna nos dice por medio de otro hadiz musulmán cuál es esta hermosa herencia; es el cielo; los musulmanes creen que los bienaventurados viven en el cielo encerrados en perlas, en las que habitan con la hurí correspondiente: he aquí por qué unas cintas de perlas adornan este bello fuste que representa el premio del que en el mismo capítulo que comentamos se habla.

Pero volvamos a nuestro capitel, cuyo ábaco nos espera para recrearnos con sus enseñanzas. Decíamos que en este ábaco la decoración era la misma que en el ya descrito; cabezas de lobos que vomitaban tallos. Pero en aquél, los tallos se enredaban en intrincada trenza en la esquina del ábaco, significando cómo las herejías son algo inestable, nacen las unas de las otras, por falta de unidad en la doctrina, y al fin resulta que la confusión es tal que no es posible conocer su origen; por eso los tallos vomitados se enredan de modo intrincado. En este ábaco los tallos forman guirnaldas, que terminan en dos graciosas y nítidas curvas, unidas por el pico de un buho, del que sólo se ve la cabeza esculpida al revés, es decir, boca arriba. He aquí la tradición popular que vuelve a interpolarse en el texto; ella nos dice, que en esta época los judíos se convertirán al Cristianismo. Suelen representarse los judíos por los lobos, leones y leopardos, del mismo modo que las herejías; pero estas cabezas y tallos unidos por la cabeza de un buho, son los judíos unidos a Cristo, pues no

es otra la significación del ave nocturna; así nos lo asegura San Agustín, que comenta el Salmo CI (1), diciendo: «Son tres las aves que representan a Cristo: el Pelicano, el Pájaro solitario y el Buzo», y refiriéndose más principalmente al buho, añade: «el buho representa a Cristo porque es un ave nocturna



Claustro de Silos. — Cristo triunfa. Gog y Magog, terminada su obra, se retiran

y el Señor nació de noche, y en la noche de la mente de los judíos; al morir se oscureció el sol y la mente de los judíos permaneció en la obscuridad». Ved, pues, los judíos convertidos al Cristianismo representados misteriosa e ingeniosamente en nuestro ábaco; él nos dice, cuánto era el conocimiento que de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres tenían nuestros antepasados.

Ya sólo nos queda descifrar el capitel mutilado; en él vemos al águila que habíamos encontrado escondida en el primer capitel, que alza airosa su vuelo: es Cristo triunfante. En cambio, en el fondo del capitel, Gog y Magog asoman aterrados sus cabezas dispuestos a recibir el justo castigo de sus mal-

(1) San Agustín, *Salmo CI*, 7.

dades. Las palabras que quieren comentarse no responden en este capitel a la claridad con que han sido expuestas en los anteriores; ellas son: «Después vi un gran solio reluciente y a uno, esto es, a Jesucristo, sentado en él...»; ello es debido a que el relato popular dice que Cristo triunfa al fin, mientras Gog y Magog se retiran una vez efectuada su obra destructora.

Aun queda una imposta de hojas y flores que corre a lo largo de las paredes; ella nos recuerda la frase del Salmo: «Los santos plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios» (1). Asimismo, las arquivoltas formadas por guirnaldas que semejan las curvas de los báculos pastorales nos dicen que los Pastores se encuentran a la puerta de la Iglesia para defendeila contra las herejías; aun podríamos entrar en algunos detalles simbólicos que nuestra puerta adornan; ellos no son esenciales. Creemos haber demostrado cómo en esta puerta se halla plasmada una página del Apocalipsis y cómo la cultura de nuestros antepasados era en estas materias muy superior a la nuestra. El Señor quiera que estas ideas arraiguen y las iglesias que se construyan vuelvan a ser sembradoras del verdadero arte y la verdadera cultura.

Estivaliz

LA PUERTA SPECIOSA Y LA PROFECÍA DE ISAÍAS

Es el santuario de Estíbaliz una de las mil maravillas del arte con las que España cuenta; su estructura, la talla de sus capiteles y ventanales, su magnífica pila bautismal, todos los detalles, en fin, nos hablan de la cultura patria en aquellas lejanas edades, calificadas de bárbaras, que han dejado en las viejas piedras plasmada toda su ciencia, asombrosa verdaderamente, y que nosotros, más cultos, al decir de las gentes, no sabemos ni podemos descifrar.

Todas estas maravillas culminan en el templo de Estíbaliz, en una bella puerta, abierta a los vientos del Austro, ricamente ornamentada, y que como todas las puertas de este género se conocía antiguamente con el nombre de

(1) Salmo XCI, 14.

Puerta Speciosa. Vamos a exponer, brevemente, las ceremonias que ante ella tenían lugar durante las Dominicas y grandes fiestas del año litúrgico, y el porqué del nombre de Speciosa con el que debe llamársela.

Todos los domingos del año, después de la hora de tercia, tenía lugar la bendición del agua; inmediatamente después se organizaba una procesión que recorría el pueblo, o parte de la jurisdicción parroquial; durante el trayecto, el coro y los fieles cantaban responsorios y antífonas, mientras el celebrante rociaba las casas del trayecto con el agua lustral. La procesión, que salía por la puerta principal del templo, entraba en éste por la puerta lateral, situada generalmente al lado sur del mismo; ante ella se cantaba una antífona en honor de la Santísima Virgen, que comenzaba precisamente con la palabra Speciosa; de ahí el nombre de la puerta.

Speciosas, bellas, son estas puertas en la mayor parte de los templos; pero si su belleza material es grande, si están ornadas de ricas esculturas, si el follaje esculpido que formando verdaderas filigranas las cubre, si los animales y las aves que entre los frutos y las flores se enredan, las dan una vistosidad que suspende el ánimo, por la inmensa emoción estética que en él producen, cuando se conoce su significación simbólica, cuando se sabe traducir el lenguaje misterioso que las piedras hablan al través de los tiempos, la emoción sube de punto, y no se sabe qué admirar más, si las delicadas labores de los artistas o el genio de los obispos, sacerdotes o monjes que dirigían las obras, y que supieron hacer que se plasmaran en la piedra sus profundos conocimientos de las Sagradas Escrituras, de los escritos de los Santos Padres, de la Sagrada Teología, de toda la ciencia, en fin, que la vida siempre exuberante de la Iglesia Católica hizo brotar de las preclaras inteligencias que vivieron en aquellos tiempos que calificamos de bárbaros, y que al través de los siglos nos siguen enseñando, hablándonos al alma, deleitándonos con las bellas frases de las Sagradas Escrituras, con los mejores comentarios de los Santos Padres que merced a ellos tomaron forma plástica en las piedras, sirviéndose de ellas como de un método didáctico, el mejor, sin duda, para hacer amar la Santa Religión, y para que sus verdades queden más fuertemente grabadas en los cerebros.

Esto que pasa con todas estas puertas bellamente esculpidas por los artistas medievales, que trabajaban siempre bajo la mirada escrutadora del director artístico de las obras, no es una excepción en la bella puerta Speciosa que



Estíbaliz. — Puerta Speciosa

el santuario de Estíbaliz ostenta. Pero veamos primero qué significado simbólico tiene la puerta, oyendo lo que de ello nos dicen los Santos Padres.

La puerta no es otra cosa que Cristo mismo; así vemos en Job: «Estarán sus hijos muy lejos de la salud y felicidad, es decir, de Cristo, y serán hollados en las puertas, sin que haya nadie que los defienda y ampare» (1), palabras que comenta Rabano Mauro, diciendo: los pueblos de la sinagoga fueron corrompidos por su infidelidad, al venir Cristo, esto es, en la misma Puerta. La Puerta es también la Virgen Santísima; Ezequiel nos dice: «He visto en la Casa del Señor una puerta cerrada» (2), y en otro lugar: «Esta puerta estaba cerrada y no se abrirá» (3), lo que significa que María, incorrupta antes del parto, había de salir de él completamente ilesa. En la antífona que durante el Santo tiempo de Cuaresma se canta a la Santísima Virgen después de los oficios divinos, la saludamos diciendo: «Salve Porta.» La puerta, pues, simboliza al mismo tiempo al Hijo Divino y a la Divina Madre, pues por Ella vino al mundo Cristo, y Ella es la puerta que a Cristo nos conduce.

Así la cantan las estrofas de los viejos Misales Romanos: «María es jardín que florece bajo los vientos del Austro; puerta cerrada antes y después; camino inaccesible a los hombres.»

En esta bella puerta, como en toda la basílica de Estíbaliz, las viejas piedras cantan, a través de los siglos, las glorias de la Virgen sin mancilla; saludémosla nosotros con las palabras de los viejos antifonarios: «Salve Virgen gloriosa, Reflejo de cielo, Gloria del mundo, Lirio virginal, Jardín florido dulce a los enfermos, de Ti esperamos la salud del cuerpo y la salvación del ánima, por Ti entraremos a gozar de las eternas delicias.»

Así, esta bella puerta es florido jardín, en el que la rosa, el lirio y las plantas florecen; en algunos de sus tallos se enredan figuras humanas; otros, en cambio, son vomitados por bocas de animales. Figuran en ella otros elementos decorativos, como cuerdas, ovas y perlas; todos ellos tienen un alto significado místico, un simbolismo oculto que vamos a tratar de explicar brevemente.

El grabado que os presento me excusa de describiros esta bella puerta

(1) Job, V, 4.

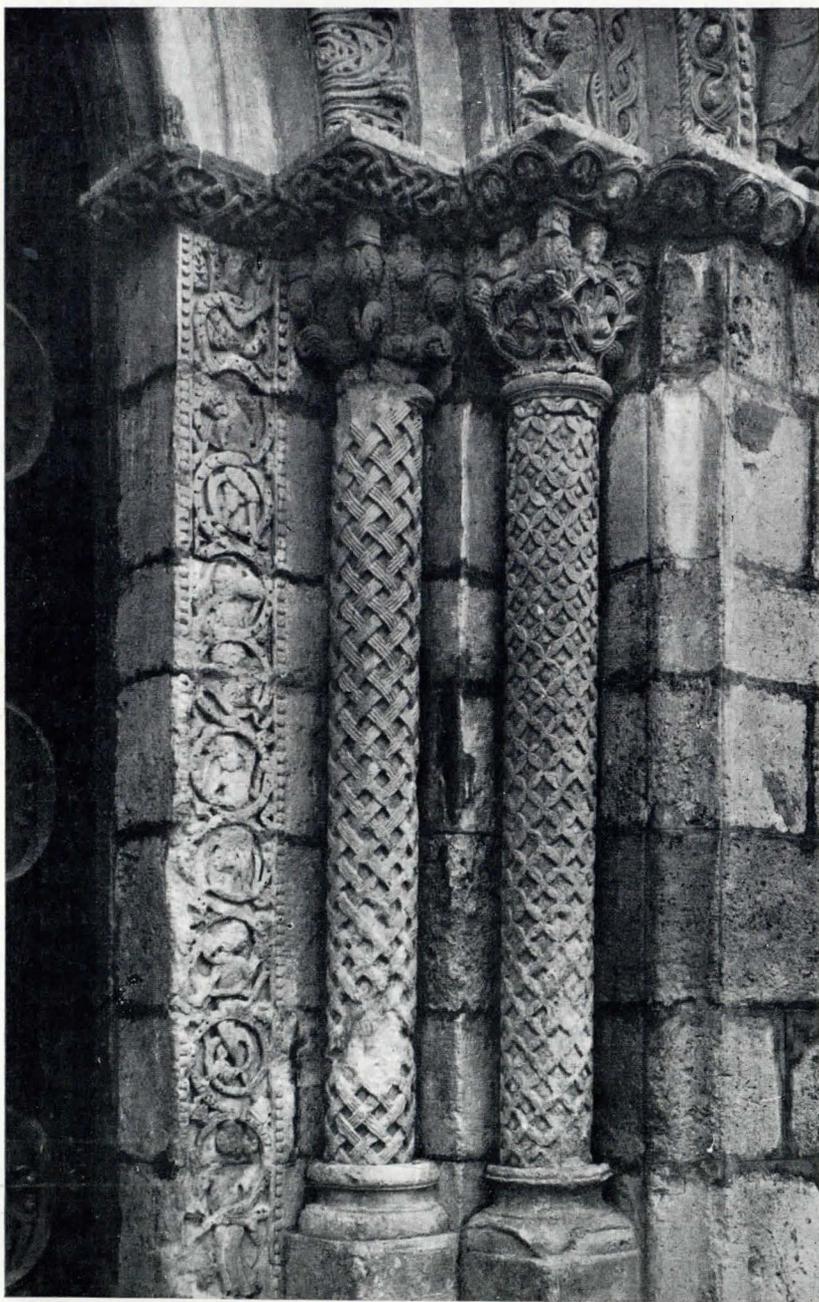
(2) Ezequiel, XLII, 2.

(3) Ezequiel, XLIV, 2.

abocinada, que, partiendo de un arco apuntado sostenido por dos bellas jambas esculpidas, va tendiendo hacia el arco de medio punto, en sus diversas arquivoltas sostenidas por cuatro esbeltas columnas; el espacio que habíamos de ocupar en esta descripción, nos es bien necesario para descifrar el simbolismo de sus piedras.

Primeramente os he de decir que para descifrar estas puertas es absolutamente necesario conocer los libros que las han inspirado; ellos nos darán la clave que nos llevará de la mano para conocer su contenido. Es necesario también conocer, aproximadamente, la época y los personajes que han intervenido en la construcción; nuestro templo fué seguramente construído por los monjes benedictinos del Monasterio de Santa María la Real de Nájera en el siglo XII. Sabido es los conocimientos que los monjes tenían de las ciencias sagradas, y cómo conocían a fondo los oficios litúrgicos que día tras día entonaban en los monasterios, cumpliendo así uno de los fines principales de la orden milenaria, el «Opus Dei». Sabido es también cómo en los monasterios, después de la oración, ocupaba el tiempo el trabajo, y éste consistía para unos, en el estudio constante, y para otros, en la copia de manuscritos, los trabajos propios de las necesidades de la casa, y las labores del campo. Entre esos monjes los había verdaderamente sabios, no es necesario demostrarlo; pero todos ellos sabían de memoria el Salterio y las principales lecciones que debían decirse, algunas de ellas de memoria. La lectura obligatoria de la Sagrada Biblia y su estudio profundo les daban ideas abundantes para esculpir en los capiteles de los claustros y de las iglesias, en los bajorrelieves de los templos o en sus portadas, bellas escenas de los Sagrados libros, generalmente complicadas con enseñanzas de los Santos Padres, y a veces, como sucede en esta bella puerta, con frases de los poetas que celebraron las virtudes de los más insignes Santos; con ellas se mezclan frases de los responsorios y antifonas de los oficios, y admira sobremanera, que con cosas tan heterogéneas se puedan hacer obras de conjunto tan hermosas como la de la puerta que nos ocupa.

Lo primero que aparece a la vista en esta puerta son cuatro columnas que forman la bocina de la misma, columnas artísticamente labradas, las dos primeras, con flores de cuatro pétalos, en cuyo centro aparece una perla; las otras dos, decoradas de juncos entrelazados semejando el tejido de una canastilla. Su esbeltez es grande; su origen oriental salta a la vista.



Estivaliz. — Puerta Speciosa. Los juncos y las flores de los fustes son símbolo de los santos que florecen en los atrios de la casa de Dios





Estíbaliz.— Puerta Speciosa. «Las flores y los juncos de los fustes son símbolo de los santos...»

Pero estas bellas columnas tienen alto significado simbólico, más bello aún. Ellas representan las Sagradas Escrituras por las palabras del cántico: «Hizo sus columnas de plata» (1) lo que interpreta Rabano Mauro diciendo: «que nuestro pacífico Cristo hizo las Escrituras inteligibles en la Iglesia». Son símbolo también en estas columnas de la rectitud, de la fe y la diligencia en el servicio del Señor; así se nos dice en el libro de los Reyes: «Puso a la entrada del templo dos columnas» (2) porque no podemos entrar en la patria celestial si no creemos firmemente y vivimos en santidad; todos sabemos que el templo es imagen de la celestial Jerusalén, y, por consiguiente, debemos entrar en él, con fe firme y pureza de corazón.

Aseguran los Santos Padres que las columnas son símbolos de las virtudes de la mente interna, y lo corrobora el salmo, diciendo: «Yo he dado fortaleza a sus columnas» (3). Estas columnas simbolizan también a los Apóstoles; así nos lo asegura San Pablo, diciendo: «Jacobo y Pedro y Juan son sus columnas» (4) porque ellos con los demás apóstoles son el sostén de la Iglesia.

Finalmente, estas columnas simbolizan a los Santos Angeles, según la frase de Job: «Las columnas del cielo, es decir, los Angeles, tiemblan y se estremecen a sus órdenes» (5).

Ved, pues, cuántas enseñanzas nos dan estas bellas columnas; ellas nos dicen que las Sagradas Escrituras son la puerta por la que se entra en la Santa Iglesia, indicándonos que en esta puerta hay escrito algún pasaje de ellas; nos aseguran que iluminadas por Cristo estas Sagradas Letras se nos harán inteligibles, pero que para obtener esta luz es necesario tener una fe firmísima y vivir santamente, y hemos de procurar que nuestra mente esté llena de virtudes internas; nos enseñan que los Santos Apóstoles con su doctrina serán nuestro firme sostén, y por último, que los Santos Angeles, presentes ante el trono del Señor, son nuestros más firmes valedores.

La clave de esta puerta se encuentra en el primer capitel de la derecha

(1) Cantar de los Cantares, III, 10.

(2) Reyes, VII, 21.

(3) Salmo LXXIV, 4.

(4) Gálatas, II, 9.

(5) Job, IX, 6.

según se entra, y en su cara exterior, en ella encontramos esculpidas unas hojas de acanto. Hemos hablado ya de esta planta y dicho que estas espinas son símbolo de los vicios, del alejamiento de Dios, de la idolatría. En la hoja central y en su nervio medio se hallan esculpidas tres perlas. Son las perlas símbolo de los deseos de las cosas celestiales; así se lee en el Evangelio de San Mateo, en la parábola de aquel negociante que habiendo encontrado una perla preciosa, vendió toda su hacienda para comprarla (1), lo que interpretan los Santos Padres, que habiendo concebido en la mente el deseo de las cosas celestiales dejó las terrenas. Estas perlas nos dan la clave de lo que significa una cabeza esculpida encima de ellas. Esta cabeza, que por su ejecución parece arrancada de los muros de los palacios asirios, tiene los ojos desmesuradamente abiertos y sumidos en el infinito; ¿pero qué relación pueden tener los vicios y la idolatría con el deseo de las cosas celestes y esta cabeza? Nada más sencillo. Nos encontramos en la entrada del templo y de un templo Mariano; en él, deben aparecer las glorias de la Virgen, y nadie duda que su mayor gloria es la de haber encarnado al Hijo de Dios. Pues bien, estas hojas nos dicen cómo el pueblo elegido de Dios había caído en todas las abyecciones, pero en él había algunos hombres que deseaban las cosas celestiales, el advenimiento del Mesías, y esta cabeza no puede ser otra que la del profeta Isaías, pues ella parece que nos está diciendo aquellas palabras del primer responsorio de Adviento: «Mirando desde muy lejos, he aquí que veo venir el poder de Dios, y una nube que cubre toda la tierra.» Id ante El y preguntadle: «¿Tú eres el mismo que ha de reinar sobre el pueblo de Israel?». Esta pregunta halla su respuesta en la cara interior del capitel mismo. En ella, las hojas de acanto se estilizan aún más, los tallos forman elegantes curvas, las perlas se multiplican y del centro del capitel surge una paloma en actitud de levantar el vuelo. Siguen los vicios y la idolatría, pero los deseos de las cosas celestes aumentan, y esa paloma, es Cristo mismo que nos dice contestando a la pregunta: «Yo mismo soy el que ha de reinar sobre Israel. Soy la paloma que bajará del cielo a la tierra y hará huir a las águilas» (2). Oigamos al divino Prudencio decirnos lo que esta paloma significa: «Paloma del Cielo (Cristo) que en su vuelo hacia la tierra

(1) San Mateo, XIII, 46.

(2) Cantar de los Cantares, II, 1.



Clave. Mirando desde muy lejos, he aquí que veo...

*¿del templo del desierto entrando
por la cara de frente? Moisés, Isaias ó Cristo?*



*por capitel
por la cara anterior lateral*

Yo soy la paloma que bajará del cielo a la tierra...

(la Encarnación) hace huir a las crueles águilas (la idolatría, el demonio y el pecado) a través de las nieves y tempestades (los trabajos de este mundo) simbolizados también en las espinas del acanto (1).

Estas ideas se corroboran en los siguientes capiteles, en los que aparece ya claramente el simbolismo de la Virgen Santísima. Efectivamente, en el segundo capitel se encuentran también las hojas de acanto en forma distinta de las anteriores, las perlas son más gruesas; la idolatría y los deseos de las cosas celestiales siguen sobre la tierra, los deseos de los buenos serán cumplidos, la idolatría derrotada; ved en el ábaco del capitel esbozarse una azucena, contad sus pétalos, ocho es su número. ¿No es el número ocho el símbolo de la regeneración? ¿No eran por esta razón octogonales los baptisterios primitivos? Esa azucena ¿no es el símbolo de la Virgen Madre, cuyo Hijo ha de regenerarnos con su preciosísima sangre? El otro capitel nos confirma más en esta idea. En él se halla esculpida una zarza con una rosa de cinco pétalos; ¿no es esta zarza aquella que ardía sin quemarse, de la que Moisés nos habla en el libro del Exodo III, 2? ¿No veis claramente la antífona tercera del oficio de vísperas del día de la Purificación? *Rubum quem viderat Moyses incombustum, conservatam agnovimus tuam laudabilem Virginitatem*: ... y que nos dice que la Virgen Santísima concibió y parió a Cristo sin ser corrompida en su Concepción ni dañada en el parto? El cuarto capitel se halla formado por hojas de helecho muy estilizadas. Es el helecho símbolo de la humildad, dicen los Santos Padres, porque crece en lugares húmedos y sombríos; fijaos en el ábaco; en él veréis un lirio, ya no esbozado, sino completamente exento; ese lirio tiene cuatro pétalos. El nos dice claramente que es Cristo: «Yo soy la flor del Campo y el lirio de los Valles»; el número cuatro de sus pétalos nos indica que es Cristo humanado, porque cuatro son los elementos del cuerpo humano: este lirio es producido por el helecho, la planta humilde. Ved, pues, cómo se puede muy bien aplicar a este capitel las palabras del *Magnificat* (2). *Quia respexit humilitatem ancillae suae*; por esa humildad nacerá de Ella Cristo, haciendo que todas las naciones la llamen bienaventurada. Vemos, pues, cuán claramente expresan estos capiteles el advenimiento del Mesías y cómo se

(1) Prudencio. Ante cibum.

(2) *Magnificat*, 3.



2º Capital
La Azucena o La flor simbólica de la regeneración *estruje a m abres d*
parte superior



3^{er} Capitel con La zarza que ardía sin quemarse y la rosa de los cinco pétalos

deducen lógicamente las palabras del Profeta: «He aquí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo» (1).

Vamos a estudiar las figuras esculpidas en las jambas profusamente deco-



de donde se ve que se trata del alto del abaco
 Del humilde helecho nace el «lirio de los valles»

Capitel de
«He aquí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo»
 radas, y en las que toman formas plásticas diversas frases de la Profecía de Isaías. Documentarlas debidamente exigiría un estudio exegético fuera de nuestro marco; nos limitaremos, pues, a apuntar las frases a que las figuras se refieren.

El fondo de la decoración se halla formado por unos tallos con hojas de

(1) Isaías, VII, 14.

viña muy estilizados; estos tallos se arrollan en espirales serpeantes formando eses hasta la parte superior. En cada una de estas eses se halla inscrita una figura, y a cada una de éstas corresponde un racimo de uvas.

Estos tallos, hojas y racimos no son otra cosa que el recuerdo de aquella canción que el profeta canta a la viña de su pariente (1), a la que limpió de piedras, la puso un seto, un lagar y una torre, por la que tuvo toda clase de cuidados y, sin embargo, en vez de dar uvas, sólo produjo agraces. Es esta viña representación fiel del pueblo judío y de todos los pueblos de la tierra,



1.ª figura del punto y El profeta Isaías con el pergamino *que Dios le ordena*
recep un pergamino etc

que pagan los beneficios del Señor con los agraces de la ingratitud; por eso el Señor los destruirá para regenerarlos con la sangre de su Hijo Divino, que es la Vid verdadera.

1.ª figura
2.ª figura

La primera figura, que sale de entre el ramaje formando la última voluta, se encarama entre el follaje, del que sobresale su brazo derecho, mientras la cabeza y el busto quedan detrás del árbol; es más grande que el resto de las figuras, lo que demuestra que es la figura principal, la clave, digámoslo así, de la composición. Esta figura, que tiene en su mano derecha un gran perga-

(1) Isaías, V.

mino, no es otra cosa sino el mismo profeta Isaías, representado en el momento en que el Señor le ordena, como él mismo nos lo dice (1): «Coge un pergamino lo más grande que puedas y escribe todo lo que te voy diciendo.» >>



La 2ª figura ^{reproduce en una mujer} Las hijas de Sión con la cabeza erguida y taconeando *procedente de la escultura gótica*

Para seguir un orden lógico y encontrar la concatenación de las figuras es necesario descender a la figura que se encuentra sobre el zócalo. Es ella una

(1) Isaías, VIII.

figura de mujer que aunque se halla deteriorada, aun se ve en ella su cuidada indumentaria muy ceñida al cuerpo. Esta mujer marcha con paso afectado y con el cuello erguido, dirige una mirada provocativa y se halla peinada con esmero. Ella es fiel trasunto del versículo, en el que el profeta anuncia la deso-



Isaías anuncia la destrucción de los egipcios y etíopes

La 2ª figura es una mujer de un tipo de figura como a través de ser a figura por un momento

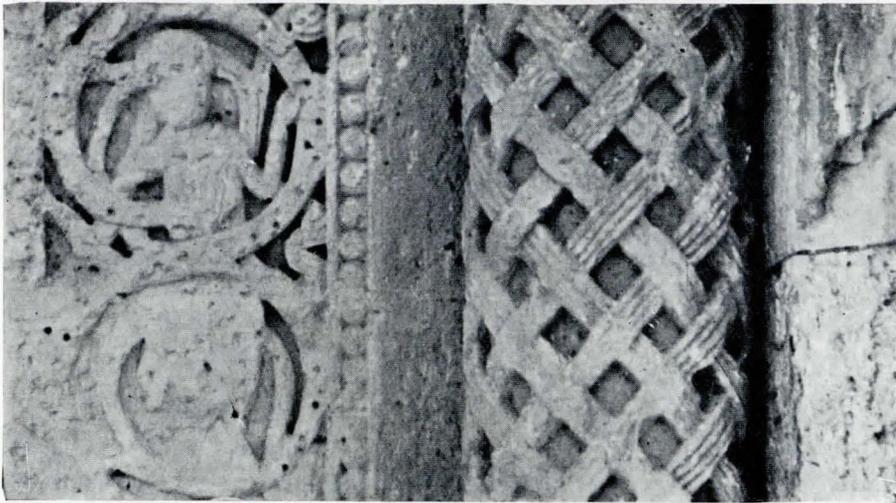
lación de Judea y Jerusalén, según aquello (1): «Y el señor dijo: «Por cuanto se han enorgullecido las hijas de Sión, y andan paseando con el cuello erguido, guiñando los ojos, sonando palmas con sus manos, taconeando con sus pies y caminan con paso afectado», el castigo del Señor será como se dice en el versículo siguiente: «raerá el Señor su cabeza, etc...»

La siguiente figura nos anuncia el cautiverio de los Egipcios y Etíopes. Es

(1) Isaías, III, 16.

un hombre desnudo completamente en actitud de gritar. En esta figura se ve claramente al profeta cumpliendo el mandato del Señor, cuando le dijo: «Ve y despójate de tu saco y quita de tus pies el calzado» (1).

La tercera figura es un hombre de frente en actitud de hablar, se halla muy estropeada, aun se percibe un hueco que demuestra que tenía la boca abierta; este hombre representa seguramente las palabras del capítulo XL, versículo 3: «Voz del que clama en el desierto: Aparejad el camino del Señor»; también



La 3ª figura es un hombre de frente en actitud de hablar La voz que clama en el desierto *de un hombre de frente*

pudiera aludirse con esta figura todas las imprecaciones que corren a lo largo de la profecía y principalmente aquella (2) en la que el Señor ordena al profeta clame sin cesar, para reprender la hipocresía de los judíos, y enseñarles los sacrificios que le son agradables. Frecuentemente una misma figura puede representar o recordar varios hechos; de ello nos da muestra gallarda la siguiente representación.

La 4ª figura Esta figura representa a un hombre de pie, vestido con una túnica que le cae por delante de los hombros formando graciosos pliegues; su brazo izquierdo se levanta tendiendo la mano a la altura de la cabeza, mano con la que

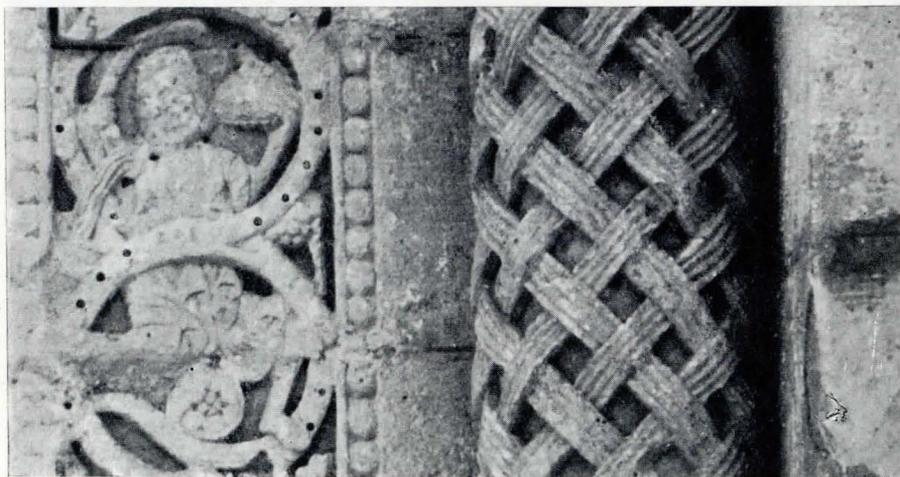
(1) Isaías, XX, 2.

(2) Isaías, XLVIII.

sostiene un odre cuyo cuello alargado se oculta detrás de la cabeza, dejando asomar su boca sobre el hombro izquierdo. De la boca de este odre sale un abundante chorro de agua que va a caer en un embudo colocado en la escotadura de las eses que forman la viña.

Vamos a estudiar el simbolismo de estos diversos elementos, y ellos nos dirán que se trata, de una parte de una profecía, y en cuál de ellas la hemos de colocar.

El agua que sale por la boca de este odre, es símbolo, según los Padres, de



La figura ^{de un hombre que surge de un odre en un embudo}
Las aguas turbulentas del Eufrates

las oscuras frases de los profetas. Así lo dice Rabano Mauro aplicándole la frase del salmo: *tenebrosa aqua in nubibus aëris* (1); porque los profetas hablan de una manera oscura y el Señor mismo, como se dice en el salmo, formó a su alrededor un denso pabellón de nubes que le ocultaba; y las nubes fecundas de agua que le cubrían amenazaban una horrible tempestad.

El odre que el individuo lleva sobre sus hombros, simboliza a su vez la mente depravada; así se nos dice en el salmo: «El tiene recogidas las aguas del mar como en un odre y puestos en depósito los abismos» (2).

Vemos, pues, que nos encontramos ante un arranque profético en el que se

(1) Salmo XVII, 12.

(2) Salmo XXXII, 7.

habla de la depravación de la mente; ¿puede darse mente más depravada que la de los judíos? De ella se trata. Por otra parte, este odre rodea la garganta del individuo que lo sostiene, y el agua que fluye va a caer en un embudo, indicándonos que estas aguas emprenden otro camino y no dañarán a quienes las soporten.

No puede ciertamente presentarse más claramente los versículos de la profecía de Isaías, que dicen (1): «Por cuanto este pueblo ha desechado las «aguas de Siloe», que corren en silencio y ha preferido a Rasin y al hijo de Romelia, por esto he aquí que el Señor traerá sobre ellos las aguas del río (Eufrates) tumultuosas, impetuosas y abundantes, y subirán sobre todos sus arroyos, se extenderán por todas sus riberas y romperán por el país de Judá, y al pasar lo inundarán todo y llegarán hasta la garganta.» La cabeza era Jerusalén; el cuello, las ciudades vecinas que ocuparon Senacherib y los Asirios; sólo Jerusalén se salvó de las depravaciones de las aguas (los Asirios y Sema-cherib). Por eso el odre se encuentra sobre los hombros de esta figura, llegando las aguas solamente hasta su garganta.

A muchos llamará la atención este desorden en los capítulos de la profecía, pero es de admirar de qué modo tan sencillo el inspirador de esta obra ha recapitulado en pocas figuras sus sesenta y seis capítulos. Esta figura que comentamos nos recuerda las cincuenta y dos veces que el profeta alude a las aguas, muchas de ellas semejantes a éstas, y desde luego vienen a nuestra mente los pasajes más importantes en las que de ellas se trata; veamos el capítulo (2) en el que se anuncian las desgracias que habían de venir a la tierra de Egipto. En él se dice: «Y el mar quedará sin que suba tanto el agua, y menguará por consiguiente el río Nilo, y vendrá a secarse. Y faltarán los ríos o bocas del Nilo: irán menguando hasta quedarse secos los canales que van entre los malecones; la caña y el junco se marchitarán; el cauce del río quedará sin agua, desde allá donde tiene su origen, y toda sementera de regadío se secará (3), se agotará y perecerá.»

¿No veis claramente la alusión al mar en ese odre? *Congregans sicut in*

(1) Isaías, VIII, 6, 7 y 8.

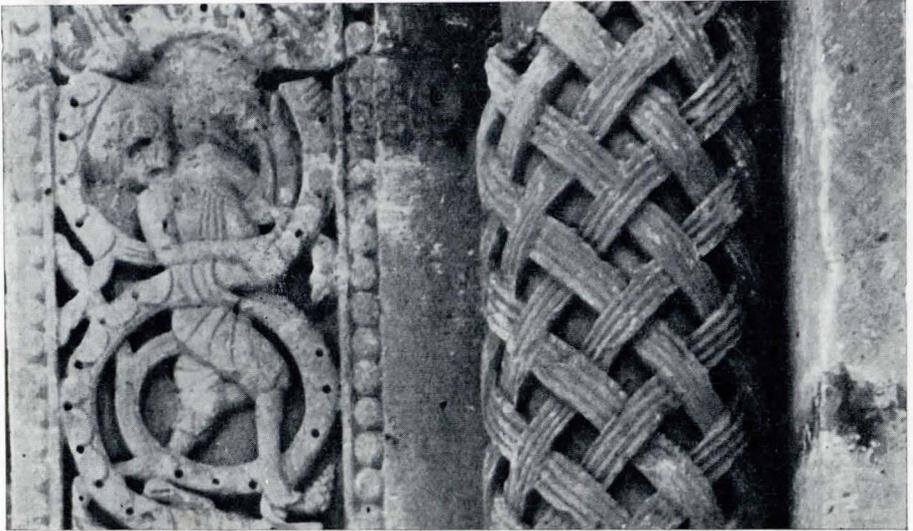
(2) Isaías, IX, 5, 6 y 7.

(3) La traducción la tomamos, según nuestra costumbre, de la *Vulgata Latina*, traducida por el Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat.

utre aquas maris (1). Citar todas las alusiones que esta figura podría sugerirnos haría muy largo este capítulo, están seguramente en la mente de todos los que hayan tenido la paciencia de llegar a estas líneas.

Vamos a hablar de la última figura de esta jamba, seguramente la más interesante.

Un hombre desnudo de medio cuerpo para arriba, ceñido por una túnica



La 5.ª figura es El Señor pisando las uvas

que arrancando de sus caderas debiera caer al suelo, pero que ha sido reman-gada hasta la altura de las rodillas, se halla asido fuertemente con sus brazos a las volutas que la viña forma; su cabeza, fuertemente inclinada hacia la derecha, ostenta unos ojos muy grandes con los que mira a las figuras inferiores; sus piernas fuertes y musculosas se hallan en actitud de marcha, pero su pie delantero, que aprisiona un racimo de uvas, nos da la sensación del hombre que pisa las uvas en el lagar. El artista ha sabido representar la escena con la graciosa ingenuidad medieval, todas las partes del cuerpo expresan el esfuerzo con que la figura trabaja, sus brazos terminan en manos desmesura-

(1) Salmo XXXII, 7.

damente grandes, ellas nos indican que la fecha de construcción de esta puerta pertenece a la segunda mitad del siglo XII.

Pero, ¿qué personaje es éste, que, asido fuertemente con sus brazos y con sus vestiduras arremangadas, pisa las uvas y parece mirar con ojos misericordiosos a los personajes que debajo de él se encuentran? Este es aquel personaje de que nos habla Isaías (1), cuando se pregunta: «¿Quién es éste que viene de Edom, o Idumea y de Bosra con las vestiduras teñidas en sangre?».

Por Idumea y Bosra, que era su capital, se entiende todas las naciones de los gentiles.

La palabra Edom quiere decir rojo, y Bosra tiene la misma significación que vendimia, por lo que los Santos Padres nos dicen que éste que viene «rojo» de la «vendimia» no es otro que Nuestro Señor Jesucristo, pues según su sentir, esta es la pregunta que le hicieron los Angeles en el día de su triunfal ascensión. ¿Quién es éste que vemos subir a los cielos rodeado de cautivos de todas las naciones gentiles que ha subyugado por el misterio de la cruz? ¿Qué noble y glorioso manto real es el que le adorna, salpicado todo de la sangre de los enemigos que ha vencido?

¿Por qué se le presenta pisando las uvas? La razón es obvia; Isaías en el mismo capítulo, nos da la respuesta del Señor: «El lagar lo he pisado yo solo, sin que nadie entre las gentes haya estado conmigo. Pisélos (a los enemigos) con mi furor, y los rehollé con mi ira, y su sangre salpicó mi vestido, y manché toda mi ropa.»

«Porque he aquí el día fijado para tomar venganza; es llegado ya el tiempo de redimir a los míos.»

«Eché la vista en derredor y no hubo quien acudiese en mi socorro; anduve buscando y no hallé persona que me ayudase; y sólo me salvó mi brazo, y la indignación que concebí esa me contuvo.» Este versículo nos explica por qué la figura se apoya fuertemente con sus brazos en las ramas de la viña. Los brazos son también símbolo del poder de Dios.

Sigue diciendo el Señor por la boca del profeta: «Yo en mi furor pisoteé a los pueblos y los embriagué de su sangre y mi indignación, y postré por tierra sus fuerzas.» Ya dijimos que estos pueblos eran la viña del Señor que no

(1) Isaías, LXIII.

dió uvas, sino agraces. Dios los ha castigado, pero no para deshacerlos, sino para arrancarles de los vicios y de la idolatría: por eso los mira con mirada de misericordia. Sin duda por esto, tiene los ojos muy grandes la figura que comentamos y los dirige hacia los pueblos vencidos que se hallan debajo, así como dice el profeta (1): «Porque él dijo: Al cabo este es el pueblo mío, son mis hijos: no me faltarán más a la fidelidad»; y con esto se hizo Salvador suyo.

Vemos, pues, al Señor en el momento del trabajo, conquistando a los pueblos con su sangre para salvarlos; pisando las uvas del lagar místico que darán el vino que hace germinar vírgenes.

Jamba derecha de la puerta
Vamos a describir la jamba derecha de la puerta cuya decoración se encuentra, al igual que en la otra jamba, encuadrada en un rectángulo ornado de círculos, que le circundan y que encierra la decoración principal. Es ésta un tallo que, naciendo de la boca de una pequeña serpiente que arranca en el ángulo inferior, produce una rama que se alza en curvas rampantes de amplias y graciosas volutas, formadas por sus mismas hojas de una vegetación exuberante, las cuales aplicándose a los tallos las cubren completamente con sus amplios y festoneados bordes. No existen racimos de uvas como en la viña anteriormente descrita; sin embargo, el artista ha iniciado uno en la parte baja, que ha sido inmediatamente reformado, prueba de que estos trabajos eran dirigidos por monjes que vigilaban a los artistas, para que las ideas simbólicas que se querían representar no sufrieran detrimento.

Antes de llegar al último tramo del rectángulo, la última voluta del tallo cambia de dirección, para terminar en una caprichosa hoja, que sirve de reposero y dosel a una figura sentada en la curva de la rama.

¿Qué figura es ésta, vestida con una túnica de amplias mangas que cae hasta el borde de sus pies descalzos?

¿Quién es éste que tiene en una de sus manos un libro, mientras con la otra bendice a la manera griega, su cabeza se halla nimbada con el nimbo crucífero, y sobre esta aureola, tiene la aréola en forma de nuez adornada de perlas?

Este personaje no es otro que Nuestro Señor Jesucristo; así se le representa en las Majestades que adornan las puertas de los templos medievales. El es el

(1) Isaías, LXIII, 8.



Y saldrá un renuevo de la raíz de Jessé

Cristo que preside los juicios de las viejas portadas; El, el que aparece en los árboles de Jessé, que no otra cosa se representa en esta jamba que describimos.

Ved cómo aparece de nuevo la profecía de Isaías esculpida en esta bella puerta. Esta jamba reproduce las frases del capítulo XI que dicen: «Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y entendimiento...» Sigue el profeta describiendo la plenitud de los dones con los que la humanidad divina será dotada; su reino, su justicia y su fuerza; y nos dice luego, la paz y seguridad que gozará la Iglesia bajo el imperio del Mesías.

Dejemos al profeta y escuchemos lo que los Santos Padres nos dicen de este renuevo de la raíz de Jessé. La raíz de Jessé es lo único que quedó de aquellos pueblos que hemos visto aniquilados por la ira del Señor; el renuevo de esta raíz y su vara florida es la Virgen Santísima, la flor es Cristo. El mismo nos lo dice: «Yo soy la flor del Campo y el lirio de los valles», y esto mismo quiere decir la palabra Nazareno, florido. Esto es Cristo, la flor llena de todos los aromas de la gracia y las virtudes, flor de la que sale el magnífico árbol de la Iglesia cargado de los opimos frutos de los Mártires, los Confesores y las Vírgenes.

Las jambas en general
Yo os invito a admirar la sagacidad del director de esta obra dividiendo la profecía en dos partes, así ha logrado hacer fácil su interpretación; a un lado ha colocado los pueblos a los que el Señor quiere castigar, a aquellos que eran su viña predilecta; al otro lado, aparece el anuncio de la salvación del género humano y por quien había de hacerse; realmente no puede presentarse más claramente la profecía esculpida en nuestra puerta Speciosa.

Archivolta
Sólo nos resta ya para terminar el estudio de esta puerta, que no tiene tímpano ni dintel, leer lo que las archivoltas nos dicen, al mismo tiempo que describimos sus partes ornamentales.

1ª Archivolta
De las jambas descritas arrancan las dovelas de un arco apuntado. Su ornamentación es sencilla; un grueso toro entre dos cavetos, y una superficie lisa forma el primer saliente de la bocina, sobre la cual corre la primera archivolta ornamentada con hojas muy estilizadas que doblan graciosamente sus extremidades; ellas nos quieren recordar la poca estabilidad de las cosas humanas, diciéndonos con Job: «El hombre es arrebatado por las tentaciones, como



La fuente del don
 es el punto del profeta
 Y de su raíz se elevará una flor
 y saldrá un riuero del tronco de jessé

las hojas que el viento arranca» (1) y como nos asegura Isaías: «Caemos como las hojas del universo» (2).

La segunda bocina se halla formada por otra superficie lisa en arco de medio punto, en cuyo caveto se halla esculpida una complicada arquivolta. Su primer elemento decorativo es una cuerda; pisándola con sus cuatro patas se yergue sobre ella un león, cuyas melenas y crenchas, estilizadas hasta el extremo, se mezclan a cintas de perlas, vomita por su boca una flor de lis de la que nace una guirnalda de hojas estilizadas, flores y algunos frutos; el tallo, que forma graciosas volutas, está ornado de perlas, es una de esas decoraciones llamadas de pasamanería cuyo origen oriental es bien claro. Esta guirnalda termina en un tallo, que va a parar a la boca de un dragón, que esconde su monstruoso cuerpo en los ábacos de los capiteles descritos.

La escena representada por estos motivos decorativos no es otra cosa que la victoria de Cristo sobre el demonio. Tratemos de explicarlo: Esa cuerda es aquella de la que nos habla el profeta cuando dice: «La cuerda triple se rompe difícilmente» (3), esto es, el que asienta su fe en la Santísima Trinidad cae difícilmente. El león, que sobre esta cuerda se yergue, no es otra cosa que Cristo mismo, así nos dice el Apocalipsis: «Venció el león de la tribu de Judá» (4).

¿Cómo venció? Ved esa flor de lis que sale de su boca, ella simboliza el candor de la virginidad, por las palabras: «Yo soy el lirio de los valles» (5). De ese lirio nace la arquivolta de hojas, flores y frutos. Las hojas son la palabra de Dios, palabra de la cual se dice en el salmo: «y sus hojas no caen nunca» (6). Las flores y los frutos son las buenas obras y los méritos inmensos de Cristo que venció al demonio con la predicación y las buenas obras.

Así como el león tiene todo su cuerpo fuera y está en actitud de avanzar rápidamente, así el dragón, de cuya boca nace la otra parte de la guirnalda, recula y esconde su cuerpo entre los capiteles. Mas si el león vomita una flor de lis, símbolo de la pureza, este dragón vomita hojas, flores y frutos de unas plantas de la familia de las aroideas, y ellas son

(1) Job, XIII, 25.

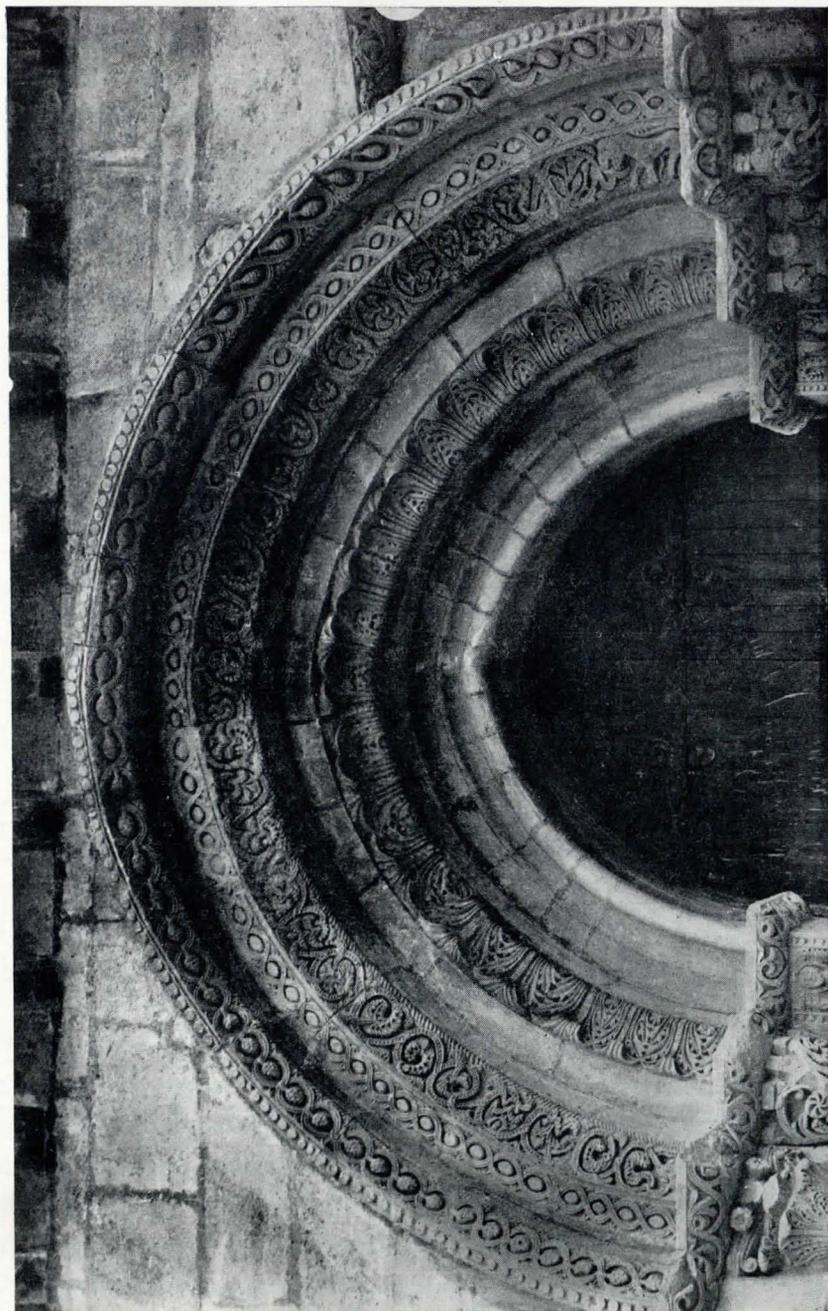
(2) Isaías, LXIX, 6.

(3) Eclesiástico, IV, 12.

(4) Apocalipsis, V, 5.

(5) Cantar de los Cantares, II, 1.

(6) Salmo I, 4.



Puerta Speciosa. — Las arquivoltas

símbolo de las concupiscencias; hemos hablado ya de una parte de la poesía «Ante cibum» del divino Prudencio, recordada por aquella paloma del primer capitel que representa a Cristo; he aquí otra parte del mismo poema esculpida en esta arquivolta: «El dragón ha vomitado sus verdes venenos sobre la pradera. El Cordero divino le hace recular, ya esconde su inmunda grupa en la tierra...» Aquí el cordero ha sido substituído por un león, y efectivamente,



2.ª Arquivolta mediana. El león de Judá que sale a purificar el mundo

3.ª Arquivolta. El dragón que ha vomitado sus verdes venenos

de los dos modos suele representarse a Cristo. Recordemos la inscripción del tímpano de la vieja e histórica basílica de Armentia: «Muerte soy de la muerte, me llaman Cordero, soy León fuerte.» Sobre esta arquivolta se desarrolla otra, formada por juncos que se entrelazan formando elipses en las que se hallan inscriptas unas ovas, en ellas está simbolizada la esperanza; así nos dice el Señor en el Evangelio por boca de San Lucas (1): «¿Si pidiereis un huevo, se os dará por ventura un escorpión?», animándonos a pedir llenos de esperanza, porque el que pide recibe, al que llama se le abre y el que busca encuentra; los juncos nos dicen que con la esperanza tendremos en nosotros

(1) San Lucas, XI, 12.

el verdor de los juncos y de las cañas (1), esto es, la santidad de los maestros espirituales.

La última arquivolta está formada también por juncos formando elipses,



del 2º arquivolta
El dragón que ha vomitado sus verdes venenos

en el centro de las cuales caen graciosamente unas piñas que simbolizan la unión de todas las cosas en Dios; una gruesa cuerda rodea la arquivolta diciéndonos con el Salmista (2): «se me aparecieron luminosos y buenos sucesos»; unas gruesas perlas cierran la decoración de esta puerta, que es una verdadera visión luminosa de Paz.

(1) Isaías, XXXV, 5.

(2) Salmo XV, 6.

Así es, en efecto; estos juncos que se entrelazan y en cuyas escotaduras aparecen unas puntas de diamante simulando chispas de fuego y en cuyos centros se inscriben ovas y piñas, parecen reproducir estas palabras: «Brillarán los justos como el sol, y como centellas que discurren en el cañaveral, así volarán de unas partes a otras. Juzgarán a las naciones y señorearán a los pueblos; y el Señor reinará con ellos eternamente. Los que confían en Él, entenderán la verdad: y los fieles a su amor estarán unidos con Él: pues que la gracia y la paz son para sus escogidos» (1).

(1) Sabiduría, III, 7-9.

DOS VENTANALES

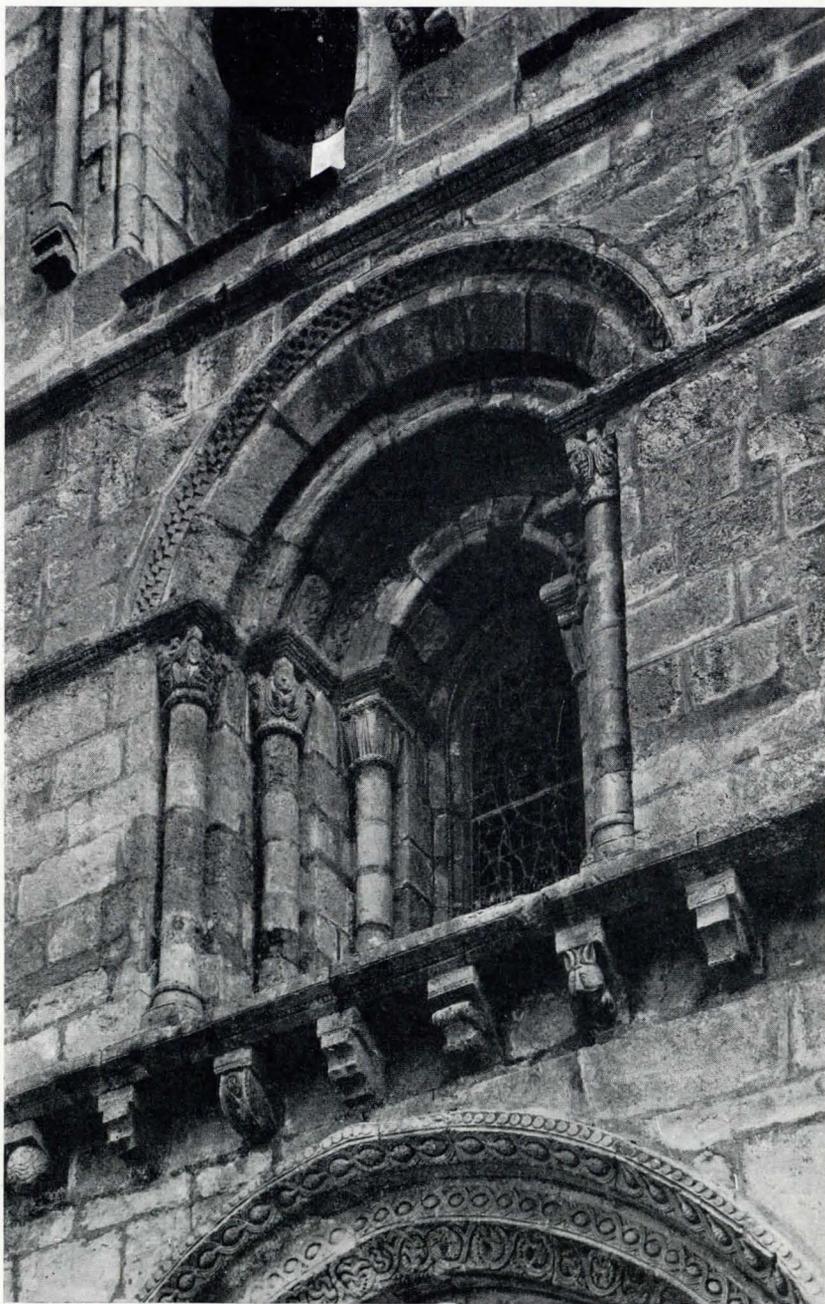
*El ventanal
sobre la puerta
Speciosa*

Sobre el friso que hemos descrito se abre un ventanal formando un conjunto arquitectónico con la puerta Speciosa. Alzanse sobre el friso dos entpaños flanqueados por columnas, y entre ellos se abre la bocina de la ventana construída del mismo modo que la puerta Speciosa, con la diferencia de que las jambas son dos columnas, y tiene dos columnas más en la parte interior. La decoración es puramente románica. Ella canta, con los símbolos esculpidos en sus capiteles, las glorias de la Virgen Inmaculada; ella nos dice, en su mudo lenguaje, las disposiciones que debe tener nuestro espíritu en el interior del templo.

Nos enseñan los Santos Padres que las ventanas simbolizan los oídos de la fe; así, en el Cantar de los Cantares se nos dice: «He aquí que Él (el amado) está detrás de nuestras paredes y ventanas» (1); también nos dicen que las ventanas son símbolo de nuestros sentidos, según las palabras de Jeremías (2): «La muerte entrará por nuestras ventanas.» Las ventanas, cubiertas por los cristales, dejan entrar la luz, que es Cristo, y el calor, que simboliza el Espíritu Santo, dejando fuera los fríos que hielan, y simbolizan al demonio. Esto nos enseña a tener en el templo nuestros pensamientos fijos en Dios, a estar inflamados en el Amor Divino y desechar de nosotros los pensamientos mundanos que bullen en el alma. En estas ventanas vemos, además, que sus arcos

(1) Cantar de los Cantares, II, 9.

(2) Jeremías, XI, 21.



Estíbaliz.— Ventanal de la fachada Sur

y arquivoltas están sostenidos por ocho columnas. El número ocho significa renovación, y añade a las enseñanzas anteriores una nueva, y es que nosotros, que hemos sido renovados en Cristo por el Bautismo, no somos nosotros, sino que le pertenecemos completamente.

Veamos lo que nos dice la ornamentación de los capiteles. En las colum-



Hermosa como la Luna, elegida como el Sol

nas del fondo y en las interiores, así como en las dos exteriores que flanquean los paramentos, se hallan esculpidas flores de loto, de cuyo hermoso simbolismo no nos ocuparemos ahora, puesto que hemos de hacerlo cuando llegue el momento de hablar de la hermosa pila bautismal que el santuario posee.

En los capiteles de las dos columnas de la izquierda asoman dos cabezas, mirando precisamente al lado del sol naciente. Una de ellas, de complaciente rostro, se adorna con cabellos que forman una brillante aureola alrededor de su cabeza, cayendo sobre su pecho en graciosas espirales; la otra, en cambio, de rostro flaco y esmirriado, se adorna con cabellos que cayendo laciamente sobre su pecho forman lacetas en el extremo del capitel; en los cimacios, dos

estrellas flanquean su cabeza. Claramente se ve que estas cabezas representan el Sol y la Luna, y concuerdan muy bien con las frases litúrgicas que aparecen en varios oficios de la Virgen: *Pulchra ut Luna, electa ut Sol*. La primera columna de la derecha ostenta una flor de lis esculpida del mismo modo y por la misma mano que las del interior del santuario. Responde a otra frase

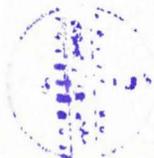


Pura como el lirio

de los mismos oficios: *Candida sicut lilium*; y, finalmente, en el otro capitel se hallan esculpidas facetas cuyos cruzamientos forman estrellas, haciendo alusión al epíteto de *Stella Maris*. En una de las arquivoltas aparecen como motivo de decoración estrellas. Los artistas han cambiado de repente el motivo, y en la mayor parte de la arquivolta se ven esculpidas piñas como las ya descritas en la puerta *Speciosa*.

* * *

La iglesia románica de Argandoña, al pie de Estíbaliz, muestra las trazas de su antiguo esplendor en una pequeña portada abierta al sol del mediodía,



que ha dorado sus piedras con la pátina del marfil viejo, y un bello ábside en el cual se abre el precioso ventanal lleno de símbolos, del que queremos ocuparnos.

Doce columnas, seis de cada lado, sostienen las arquivoltas y forman la bocina del ventanal; estas columnas son de distintas alturas, alternando una pequeña y otra grande; las pequeñas alcanzan fustes sobre unos plintos cuadrados con sencillos adornos, del mismo grosor que las columnas. Sus capiteles están formados de un doble listel, perlado; en su tambor resaltan unas pequeñas volutas, excepto en dos, en las que aparecen dibujos geométricos; las columnas grandes se asientan sobre basas cuadradas; sus plintos se hallan tallados en hojas espinosas; sobre ellas un caveto y un toro sobre el que se alza el fuste, coronado por bellos capiteles finamente esculpidos; sobre ellos se alza, a manera de ábaco, un friso con un motivo de decoración compuesto por líneas dentadas; sobre ellas sobresale otro bello friso de hojas lanceoladas; este friso sostiene las arquivoltas, que terminan en un gran arco que ostenta siete lóbulos en su parte inferior; sobre él corre un pequeño toro encuadrando un caveto.

Vamos a estudiar someramente estos elementos decorativos; su estudio nos revelará el arcano que el ventanal encierra. Primeramente nos encontramos con doce columnas, hemos hablado ya de su significado simbólico, y visto que uno de ellos es el de simbolizar a los apóstoles, que son las columnas de la Iglesia. Estas columnas no son iguales; seis son más grandes y seis más pequeñas; ellas alternan entre sí, y se complementan, formando el fundamento sólido que sostienen los arcos de las arquivoltas. Es San Agustín el que nos va a dar la clave del enigma (1).

Empieza el salmo LXXXVI con las palabras: «Sobre los montes santos está Jerusalén fundada.» Sabido es que el tabernáculo estuvo sobre el monte Sión, y el templo se edificó sobre el monte Moria; a estos dos lugares se refiere el salmo en estas palabras; pero San Pablo nos dice (2) que esta ciudad es la Iglesia de Cristo, y su fundamento son los Apóstoles y los Profetas, siendo Cristo la piedra angular. San Agustín desarrolló este pensamiento con estas bellas palabras: «¿Por qué son los Profetas y Apóstoles los fundamentos de la

(1) San Agustín, *Exposición sobre el salmo LXXXVI*.

(2) Efeso, II, 20.





Argandoña. — Ventanal del ábside

Iglesia? Porque por ellos entramos en el reino de Dios. Ellos nos predicán, y cuando entramos por ellos, entramos por Cristo. El mismo es la puerta. Y cuando se os habla de las puertas de Jerusalén, una puerta es Cristo y doce puertas son Cristo, porque Cristo está en las doce puertas.»

Cristo está representado en este ventanal, en el primer capitel de la derecha, bajo la forma de un sacerdote revestido de lo que hoy se llama casulla gótica, que no es otra cosa que la antigua púnula; el sacerdote está en actitud de orar; en el capitel que tiene al lado aparece, sobre unas hojas que forman graciosas volutas, un castillo, que no es otra cosa que la Jerusalén celestial; bien claramente se perciben en sus dos fachadas las tres clásicas puertas, de las que nos habla San Juan (1) diciendo: «Y tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y en las puertas doce ángeles con sus nombres escritos, que son los de las doce tribus de Israel. Tres puertas al Oriente, y tres puertas al Aquilón, y al Austro tres puertas, y al Ocaso tres puertas. Y el muro de la ciudad tenía doce fundamentos; en los mismos doce, los nombres de los doce Apóstoles y del Cordero.» Vemos, pues, claramente el significado de estas columnas y los dos primeros capiteles. Los Apóstoles, Cristo y la Jerusalén celeste; la cabeza, finamente esculpida, llena de modestia y con los ojos bajos que a su lado se encuentra, no es otra cosa que la Iglesia, de corazón sencillo como el de la paloma; así nos lo asegura Melitón de Sardes. Al otro lado, en cambio, sobre las tres grandes columnas, vemos esculpidos en los finos tallados de los capiteles, la antítesis de estas representaciones. Frente a la Iglesia está la Sinagoga; tres son las representaciones que ésta tiene en el capitel: la primera aparece en la parte alta, en medio de las dos hojas que forman las volutas; es simplemente la misma cabeza de lobo que hemos encontrado representando a los judíos en la puerta de las Vírgenes de Silos; otro de los símbolos es una flor de granado; el tercero es el signo de Salomón. A su lado una figura de mujer esmeradamente tocada, mirando con altivez, y que recuesta su cabeza entre unas hojas espinosas; representa las herejías. En el tercer capitel un halcón, el diablo, se posa sobre una liebre, el pecado. (Ya os hemos hablado de estos símbolos al encontrarlos en el claustro de Silos, en Vigo-Siones y en la iglesia de Matauco.)

(1) Apocalipsis, XXI, 12-14.

Vemos cómo en todas partes se guardan las leyes del simbolismo; así en este ventanal, a la derecha, encontramos los símbolos buenos: Cristo, la Jerusalén celeste, la Iglesia; a la izquierda, los malos: judíos, herejías, infierno.

Sólo nos resta ya examinar el arco polilobulado que corona el ventanal. Hemos dicho ya que se halla compuesto por siete lóbulos. San Agustín nos dice que el número siete simboliza la plenitud y universalidad de las cosas. Otros comentaristas añaden: el número siete es místico, y por esta razón aparece muchas veces en las Sagradas Escrituras, pues significa el cumplimiento íntegro de las cosas. Así, el séptimo día de la creación se hallaban cumplidas todas las cosas. El séptimo año era entre los judíos el año jubilar y el sábado de la tierra: siete semanas de días eran Pentecostés; siete semanas de años traían el año jubilar.

Filón encuentra en la aritmética la razón del simbolismo de este número, y dice: «Dentro de la decena, solamente el número siete ni engendra ni es engendrado: carece de padre y de madre.» De aquí que los pitagóricos le denominaran el número virgen, por cuya razón convenía perfectamente a Dios y las cosas divinas.

San Jerónimo, en sus comentarios sobre el profeta Amós, nos cuenta que Galeno enseña que las grandes fiebres remiten al séptimo día; si no desaparecen en el primer septenario, lo hacen en el segundo; es decir, el día catorce, y si no en el tercer septenario, al cumplirse los veintiún días; así, todos los trabajos y molestias desaparecen en el número siete.

Siete son los Sacramentos de la Iglesia. Siete los Dones del Espíritu Santo; enumerar todas las cosas perfectas que en el septenario se encierran nos llevaría muy lejos. Hagamos punto, por lo tanto, y bástenos saber que para nuestro objeto es suficiente el conocer que este número indica la plenitud de todas las cosas.

Recapitulemos los símbolos que hemos encontrado en el bello ventanal; ellos nos dicen que por los profetas y apóstoles entramos en la Iglesia, y por ella nos conduce Cristo a la plenitud de los bienes; alejándonos de la Iglesia, por el contrario, el judaísmo y las herejías sólo pueden conducirnos al lugar de las eternas penas.

LA PILA BAUTISMAL DEL SANTUARIO DE ESTIBALIZ

La existencia de una pila bautismal en el santuario de Estíbaliz ha dado lugar a numerosas disquisiciones; unos han creído que en Estíbaliz había una parroquia; han negado otros su existencia; alguien ha negado hasta la existencia de la pila bautismal, diciendo que se trataba simplemente de una fuente destinada a las abluciones litúrgicas. Tal diversidad de opiniones ha sido debida al desconocimiento de la historia de la Orden Milenaria de San Benito, a quien fué cedido el santuario y sus pertenecidos por D.^a María López de Estíbaliz en el año 1138, época de la que datan las construcciones actualmente existentes, siendo muy escasos los restos de mayor antigüedad.

Los monjes benedictinos construyeron aquí lo que se llamaba una *cella monastica*; en ella habitaban tres o cuatro monjes sacerdotes, que eran, por lo general, los párrocos de los pueblos cercanos, mientras el resto de los monjes que en ella habitaban se dedicaban a las labores del campo. Estas *cellas* eran habitadas por una exigua comunidad, y podía muy bien dárseles, y esto eran, el nombre de granjas de labor. Los benedictinos siguieron aquí, como en otras partes, la costumbre antigua de que el santuario que ellos regían fuera como una ampliación de la parroquia, mejor dicho, la parroquia misma. Los monjes eran, probablemente, los párrocos de los pueblos que hoy forman la llamada «Comunidad de Estíbaliz», y aunque había, seguramente, iglesias en todos ellos, sin embargo, el centro parroquial, la verdadera parroquia era el santuario, en el que los párrocos-monjes moraban. Esto mismo observa-



Estíbaliz. — La pila bautismal

mos hoy en muchos de nuestros monasterios de España y el extranjero; en ellos han sido absorbidas las parroquias, quedando sus templos con el título de iglesia abacial y parroquial; tal sucede en Silos, Oña, San Martín de Ligugé (Francia) y mil otros sitios que sería largo enumerar.

Nuestra pila bautismal es una verdadera joya del siglo XII; ha llegado a nosotros muy deteriorada, pero aun conserva su belleza, y es un verdadero milagro que aun se conserve en un estado relativamente satisfactorio. Su traza, como el santuario todo, delata su origen oriental y su significado simbólico nos dice cuánta era la cultura de los monjes que la idearon y dirigieron el trabajo de los artistas.

Forman la base de la pila una gruesa columna, a la que se adosan otras cuatro más pequeñas; los plintos y capiteles se hallaban cuidadosamente labrados, así como el plinto de la columna central. Desgraciadamente, casi toda la decoración de la parte baja ha desaparecido. Sobre este pie o columna abre su corola una flor de loto de imbricados pétalos, partidos por una nervadura decorada con perlas. Sobre esta flor se yergue una graciosa columnata, que sostiene unos arcos exageradamente apuntados y flamígeros, un poco inquietantes para esta época; en ellos se hallan inscritos arcos trilobulados, que forman pequeñas chambranas, en las que se encierran leones, águilas y flores. En algunas de ellas aparecen labradas unas cabezas; todas ellas son distintas. Una se halla poblada de luenga barba e hirsutos cabellos; en la otra, la barba es solamente regular y sus cabellos se hallan más recortados; otra de las caras representa a un hombre de incipiente barba, y la última cara parece representar a un efebo.

Estos elementos decorativos encierran un grande misterio. La gruesa columna unida a las cuatro columnas más pequeñas, la flor de loto con sus perlados pétalos, las arcadas trilobuladas, los leones, águilas, cabezas y flores, y aun la parte superior, que representa los muros y las torres de una fortaleza, tienen un alto significado simbólico.

Vamos a estudiar los diversos motivos estructurales y decorativos que forman la bella y vetusta pila bautismal del santuario. Su base se halla formada por una gruesa columna, a la que se adosan cuatro más pequeñas. La columna central está exenta de toda decoración, pero su base estuvo cuidadosamente labrada. Hoy apenas se ve nada del dibujo, que debió de ser deli-

cadísimo, a juzgar por las ramas de follaje que en algunos trechos aparecen serpeteando a su alrededor.

La gruesa columna central simboliza a Cristo en su humanidad y divinidad, hablándonos también de cómo predicó la humildad, poniéndose El mismo como modelo. Así interpretan algunos Padres aquellas palabras que se leen en el libro del Exodo: «E iba el Señor delante para (1) mostrarles el camino; de día, en una columna de nube, y por la noche, en una columna de fuego: sirviéndoles de guía en el viaje, día y noche.» Esta columna que de día libraba al pueblo de los ardorosos rayos del sol, simboliza la humanidad de Cristo, que apareció a los gentiles humildemente revestido de nuestra carne, y sólo con la luz de la fe era visible su divinidad. La misma columna, al hacerse lúcida de noche, revistiéndose de claridad y luz, simboliza la divinidad de Cristo que con la luz de su divinidad sacó a la humanidad entera de las sombras y tinieblas en que yacía. Es también símbolo de la humildad de la predicación de Cristo, según las palabras del Salmo (2): «Hablábales desde una columna de nube»; esto es, les enseñó con la predicación de la humildad. Esta columna nos dice que Cristo mismo es la base de nuestra regeneración, puesto que sostiene la pila en la que nos hemos de regenerar con el agua bautismal. Es la puerta de la religión cristiana y de la vida eterna. El mismo Señor nos lo dice: «Yo soy la puerta de las ovejas» (3). Pero esta columna simboliza, además, la rectitud de la fe y la fortaleza de la vida, según aquellas palabras que se leen en el libro tercero de los Reyes (4): «Puso dos columnas a la entrada del templo»; pues no podremos entrar en la patria celestial si no creemos rectamente y vivimos santamente.

A esta columna, que es Cristo, la rectitud de la fe y santidad de vida, y que también simboliza a la ley vieja, se adosan otras cuatro columnas más pequeñas. Sus capiteles se hallan muy deteriorados; en una de ellas se ve aún una cabeza humana, rodeada de tallos, de los que penden piñas; en otro se ven los restos de la cabeza de un león; seguramente el toro y el águila existirían en las otras dos, representando así el tetraformas que simboliza a los Evangelistas.

(1) Exodo XIII, 21.

(2) Salmo XCVIII, 7.

(3) San Juan, X, 7.

(4) Reyes, III-VII, 15.

Estas pequeñas columnas simbolizan los apóstoles, que, unidos a Cristo, eran las columnas de la Iglesia, como se nos dice en la epístola de San Pablo a los Gálatas (1): «Santiago, Pedro y Juan eran las columnas»: porque ellos y los demás Apóstoles sustentan la Iglesia. También simbolizan estas columnas las acciones de Cristo, según se nos dice en el Cantar de los Cantares (2): «Sus piernas (son) columnas de mármol sentadas sobre bases de oro.» Con lo que se quiere decir que todos los pasos o acciones de Jesu Cristo mientras vivió con nosotros estaban fundados en caridad, misericordia y justicia, con una solidez y fortaleza inalterables, superior a las ingraticudes todas de los hombres. Algunos Padres interpretan que pueden considerarse también en estas columnas, no sólo a los Apóstoles, sino también a todos sus sucesores en el ministerio de la palabra, que, con una piedad sana y sólida doctrina, sostienen el cuerpo de la Iglesia, como columnas de la Verdad, que es el mismo Jesu Cristo. Asimismo, todo este cuerpo místico está sobre esas columnas, que son el amor de Dios y del prójimo, y tienen por fundamento la fe y la esperanza, que les dan una solidez inalterable.

Las columnas son también símbolo de las Sagradas Escrituras; y en nuestro caso la gruesa columna puede significar muy bien el Antiguo Testamento, y las cuatro a ellas adosadas el Nuevo, formando así la unidad de la doctrina,

Sobre la base de estas columnas abre su amplia corola una flor de loto. El loto era una planta que crecía en las orillas del Nilo; era la planta sagrada de los egipcios; ellos comían sus flores, hojas y tallos; de sus raíces sacaban una harina, de la que hacían panes, y sus frutos los comían tostados al fuego; toda la planta servía para su alimentación; pero, además, esta planta estaba llena de simbolismo y misterio. Del centro de la flor nacía Hus, esto es, el Sol, su dios, y aseguran que el que se alimenta de esta planta olvida a sus padres y parientes, y aun la patria en que ha nacido. Así nos lo hace saber Homero en su poema *La odisea*. He aquí lo que nos cuenta: «Cuando los griegos fueron a conquistar el Egipto, las avanzadas del ejército cayeron prisioneras; al llegar el grueso del ejército y rescatar a sus compañeros de armas, se encontraron con que éstos no conocían a sus deudos y amigos, y habían olvidado el nombre

(1) Gálatas, XI, 9.

(2) Cantar de los Cantares, V, 15.

de su patria. Hicieron averiguaciones para aclarar el misterio y dijéronles los egipcios: «Vuestros hermanos han comido el loto sagrado, y el que lo come olvida sus padres y su patria.»

No puede simbolizarse la entrada en la religión católica de mejor manera; nuestra flor sagrada, nuestro loto es Cristo; el que le recibe en el bautismo, queda completamente absorbido por El, se hace uno con El, puesto que pasa a formar parte integrante de su cuerpo místico, deja el pecado, se aleja del demonio que le dominaba, es iluminado por la luz de la gracia; por eso los padrinos tienen una candela encendida en nombre del neófito, y se le reviste de un manto blanco. He aquí que ha olvidado todo lo malo, para hacerse uno con su Dios, el Dios verdadero, el sol de justicia, con el loto místico que se nos da también como alimento en la Sagrada Eucaristía, que en los primeros tiempos se administraba con el bautismo.

Pero las imbricadas hojas de esta flor mística de nuestra pila bautismal se hallan nervadas en su centro, y su nervadura es una cinta de perlas. Estas perlas que en los pétalos de la flor de loto se encuentran, simbolizan los deseos de las cosas celestiales: así nos lo aseguran Rabano Mauro y otros exégetas al explicar la parábola evangélica del negociante que, habiendo encontrado una perla preciosa, se desprende de toda su fortuna para comprarla; he aquí cómo el símbolo de la flor se halla complementado y embellecido. El que es miembro de Cristo sólo en El debe pensar, sólo para El y en El debe vivir, y El está principalmente en el cielo. Allá debemos tender, en El debemos vivir con nuestro pensamiento y nuestro más firme deseo debe ser en este mundo el de llegar al Cielo, que es nuestra verdadera patria. Así cumpliremos con el consejo de San Pablo a los de Filipo: «Nuestra conversación debe estar en los cielos» (1).

Sobre la corola de la flor de loto se alza una columnata que sostiene unos grandes arcos angulares flamígeros, en los que se inscriben otros arcos más pequeños, de forma trilobular. Sobre los grandes arcos alza sus muros y torres una ciudadela. Esta bella decoración, que rodea toda la pila en su parte superior, deja unos espacios a manera de chambranas circunscritas por las columnas y arcos descritos; en ellas aparecen unas cabezas, que, como ya hemos dicho, se hallan pobladas de más o menos barba algunas; una de ellas es com-

(1) Filipenses, III, 20.

pletamente imberbe, y, alternando con ellas, hay unas águilas, unos leones y unas flores.

Pero hablemos primero del significado de estas columnas, que, como hemos indicado anteriormente, son símbolo de los predicadores, según las palabras del Exodo: «Harás veinte columnas con sus bases» (1); esto es, constituirás predicadores santos que, conociendo ambos Testamentos, inicien a los demás en las doctrinas de los profetas. Así nos lo expone Rabano Mauro. Estas columnas sostienen unos arcos angulares, dentro de los cuales hay inscritos otros arcos trilobulados. ¿No nos dicen estos arcos bien claramente que los predicadores nos enseñan la doctrina del Dios uno y trino? No puede significar otra cosa el arco angular, uno, dentro del que se halla formado un todo con él, el arco de tres lóbulos. Pero estas columnas simbolizan también las virtudes internas de la mente. Así nos dice el salmo: «He confirmado sus columnas» (2); esto es: Yo he fortalecido sus virtudes internas. Realmente, no puede hallarse un símbolo más a propósito que éste en la pila bautismal, pues en ella se nos bautiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y al bautizarnos, se nos limpia del pecado y se nos fortalece para persistir en la fe.

Pero aun hay más: esos arcos angulares significan el fin del mundo, según las palabras del Exodo: «Constrúyanse dos tablas detrás del tabernáculo» (3); esto es, nos dicen los Padres: al finalizar el mundo, se opondrán al demonio Enoch y Elías. Por eso se dice en Sofonías: «El día del Señor sobre ángulos excelsos» (4); esto es: la venganza del Señor herirá el corazón de los depravados, por aquellos que por hallarse elevados se llaman excelsos, y por ser dos, se les da el nombre de ángulo. De los lados exteriores de estos ángulos se escapan unas llamas. ¿No es ello una clara alusión a la creencia de que el mundo concluirá por el fuego? Sobre estos arcos se hallan los muros y las torres de una ciudadela. Ella no es otra cosa que la patria celestial, según el salmo: «Jerusalén se halla edificada como una ciudad» (5). Esta ciudad está constituida por las piedras vivas, que son las almas de aquellos que han vivido en

(1) Exodo XXVII, 19.

(2) Salmo LXXVI, 4.

(3) Exodo XXVI, 3.

(4) Sofonías, I, 6.

(5) Salmo CXXI, 3.



Estíbaliz. — Pila bautismal. (Detalle)

paz en este mundo. También nos enseñan los Padres que esta ciudad es la Santa Iglesia, por las palabras del Cantar de los Cantares: «Rodearé la ciudad por sus calles y plazas» (1); versículo que exponen diciendo que los religiosos y sacerdotes seculares expondrán en todas partes las doctrinas de la Iglesia. De modo que esta bella columnata nos dice que se nos bautiza en la fe de la Santa Iglesia, predicada por los enviados del Señor, fortaleciéndonos en la creencia de la Santísima Trinidad, en cuyo nombre se nos bautiza, para que, al llegar al fin del mundo o al fin de nuestros días, vengamos a habitar en la Jerusalén celeste, que es nuestra verdadera patria. También se nos enseña el modo de llegar a ella, pues se nos dice que la ciudad está edificada con las piedras vivas; esto es, con las almas que han sabido pasar por las asechanzas de este mundo, conservándose en medio de ellas, firmes en la fe y viviendo en la santa paz de los justos.

Las cabezas que se hallan esculpidas en el intercolumnio de que hemos hablado son cuatro. Una de ellas ostenta una cabellera y barba abundantes. Esta cabeza representa a la ancianidad. La juventud se halla representada por otra cabeza de barba rala, y menos cabellos en su cabeza que la anterior. La niñez, por una cara imberbe y cabeza de escasos cabellos. Estas cabezas representando las edades del hombre nos enseñan bien claramente que el Santo Bautismo puede recibirse en cualquiera de ellas. Pero aun nos dice más; escuchemos a los Santos Padres.

Lo primero que los Santos Padres nos enseñan es que el hombre en estado de inocencia es como un niño; pero en cuanto cae en la tentación y peca, ha adquirido experiencia, ha envejecido. Por esto, en este mismo santuario de Estíbaliz, en el capitel en el que se halla esculpido el pecado de nuestros primeros padres, Adán antes de pecar se halla representado sin barba ni cabello; después de haber comido la fruta prohibida, se le encuentra con una abundante cabellera y bien poblada barba; he aquí otra lección que nos dan las cabezas de que nos ocupamos: el Santo Bautismo lava de todos sus pecados a los que lo reciben en las condiciones requeridas.

Aun hay más. La cabeza simboliza la fe, es también símbolo del principio de las cosas, diciéndonos que con la gracia de la fe, que nos ha traído el Santo

(1) Cantar de los Cantares, III, 2.

Bautismo, comenzamos la nueva vida, la vida de la regeneración y de la gracia. Las cabezas son también símbolo de la mente, según se nos dice en el Cántico: «Tu cabeza es como el Carmelo» (1), lo que interpretan diciendo: tu mente tiene los pensamientos de la circuncisión espiritual, pues la palabra Carmelo se interpreta ciencia de la circuncisión; es decir, que nuestros pensamientos deben estar fijos en las cosas espirituales, cortando o desechando todo lo carnal, para vivir así según nuestro modelo, que es Cristo. Efectivamente, este modelo aparece en una cuarta cabeza más grande que las otras, muy estropeada en la actualidad, y que aparece inscrita en la chambrana central. Esta cabeza es símbolo de la divinidad de Cristo, según las palabras del Cántico: «Su cabeza es de oro purísimo» (2); pues la divinidad de Cristo es de una brillantez incomparable, así como el oro es superior en brillo a los otros metales. Es también símbolo de la humanidad de Cristo; así se nos dice en el salmo: «Llevó mi cabeza sobre la de mis enemigos» (3); es decir, Cristo hombre fué elevado sobre todos los enemigos de Dios. Para corroborar más esta idea, a los lados de esta cabeza se encuentran en el intercolumnio dos figuras: a la izquierda un águila, y un león a la derecha. Ambos son símbolos de Cristo. El águila es Cristo, porque de El se nos dice en el Deuteronomio: «El águila obliga a volar a sus polluelos» (4), y Cristo no cesa de enseñar a sus discípulos para que vayan perfeccionándose en las virtudes. También es el águila símbolo de las almas, según las palabras del libro de Job: «El águila se eleva y pone su nido en los sitios altos» (5); esto es, que el alma se exalta por la contemplación y fija en los cielos todos sus deseos. También es símbolo de las almas de los elegidos. Así se nos dice en el Evangelio: «Allí donde estuviere el cuerpo, se congregarán las águilas» (6); lo que quiere decir que donde estuviere el Señor en su cuerpo, allí estarán las almas de los santos. Es de observar la perfecta concatenación de estas ideas; Cristo es nuestro modelo, nuestro maestro, nuestro premio. Al regenerarnos en las aguas bautismales, Cristo debe vivir en nosotros, y nosotros debemos vivir para El. No es fácil encontrar

(1) Cantar de los Cantares, VII, 5.

(2) Cantar de los Cantares, V, 11.

(3) Salmo XVI, 6.

(4) Deuteronomio, XXII, 11.

(5) Job, XXXIX, 30.

(6) San Mateo, XXIV, 28.



Estíbaliz. — Pila bautismal. (Detalle)

símbolos más precisos y de mayores enseñanzas y más a propósito para adornar una pila bautismal; pero aun nos resta hablar del león esculpido a la derecha de esta cabeza.

Al otro lado de la cabeza descrita nos encontramos con un león. Este león es otro de los símbolos de Cristo; se nos dice en el Apocalipsis: «Venció el león de la tribu de Judá» (1); es decir: Cristo, nacido de la tribu de Judá, venció al demonio. En nosotros, esclavos también del demonio antes del bautismo, vence Cristo, arrojando al enemigo malo por medio del Sacramento y convirtiéndonos en cristianos; esto es, de Cristo, librándonos así del poder del demonio. El león es también un símbolo del Supremo Juez. El profeta Amós nos lo recuerda en las siguientes palabras: «El león ruge; ¿quién no temblará?» (2); lo que quiere decir: ¿Quién no temerá los juicios, inescrutables del Señor?

Con lo que se nos enseña a perseverar fuertes en la fe, no sea que después de haber roto el León de Judá las cadenas de nuestra esclavitud, volvamos a vernos nuevamente esclavos, por haber caído en las insidias con las que constantemente nuestro enemigo nos acecha. Así como el águila es también símbolo del alma santa, el león simboliza al hombre justo. Así se nos dice en los Proverbios: «El justo vivirá confiado, y como el león, no sentirá el terror» (3). Las ideas vuelven a repetirse, las enseñanzas son las mismas; ellas nos inducen a vivir unidos a Cristo, que es nuestra esperanza y nuestro único bien.

Aun hay otros símbolos de Cristo en nuestra hermosa pila bautismal; así, encontramos en las chambranas laterales unas flores. Lo hemos dicho ya: la flor es Cristo, que nos dice: «Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles» (4); Lirios, flores de lis, son precisamente las que adornan esta joya de los pasados siglos. La flor simboliza también la delicadeza de la primera edad del hombre, pues Job nos enseña que el «hombre nace como una flor» (5). También simboliza la flor el comienzo de las buenas obras. El mismo libro de Job nos lo recuerda, cuando, recriminado por su amigo Elifas, hablando de los hipócritas, dice: «Le sucederá lo que a la vid, cuyos racimos se pierden estando en tierra; y

(1) Apocalipsis, V, 5.

(2) Amós, VI, 8.

(3) Proverbios, XXVIII, 1.

(4) Cantar de los Cantares, II, 1.

(5) Job, XIV, 2.

como al olivo, cuya flor cae en tierra» (1). Con lo que se nos quiere decir que así como la vid y el olivo pierden sus flores por las heladas y el granizo, nosotros no debemos dar entrada en nuestros corazones a los helados vientos que Aquilón, el demonio, insufla para perdernos. Otra gran enseñanza se nos da en una hoja que aparece esculpida en otra de las chambranas que adornan nuestra pila. La hoja es símbolo de la palabra de Dios. Así, el Salmo dice: «Y cuya hoja no caerá nunca» (2); es decir, que la doctrina del Señor, que es su palabra, permanecerá eternamente. Aplícase también esta frase al varón justo, a quien David compara con los árboles de hoja perenne, diciendo que con el riego de la divina gracia, mantendrá el varón justo su verdor y se conservará fiel hasta el último momento de su vida. Las ideas siguen concatenándose. Se nos enseña no sólo a empezar bien las obras, sino a continuarlas, poniendo muy de relieve cuánta es la debilidad del hombre, pues esta hoja representa también al hombre mismo por las palabras de Isaías: «Hemos caído como las hojas del universo» (3). Lo que quiere decir: hemos caído por nuestras ligerezas y enfermedades; enseñándonos con esto a vivir en Cristo, fuente de fortaleza y de salud.

Hemos hablado ya de las águilas como símbolo de Cristo; pero como en nuestra pila existen varias chambranas que encierran águilas esculpidas, es preciso desentrañar los diversos simbolismos del águila, para ir encontrando las enseñanzas diversas que han querido legarnos nuestros antepasados. El águila es símbolo también de las almas de los elegidos; así se nos dice en el Evangelio: «Allí en donde estuviere el cuerpo, allí se congregarán también las águilas» (4); con lo que se nos quiere decir que allí donde se hallare el Señor en su cuerpo, allí se encontrarán también las almas de los santos.

Existe acerca del águila una curiosa leyenda que los Santos Padres y los naturalistas todos comentan: los Padres sacan de ella saludables enseñanzas, y nosotros debemos seguirles para sacarlas también. Era creencia muy arraigada en la antigüedad que el águila vivía durante largos años, haciéndose tan vieja que ya no podía comer, por haber crecido tanto su encorvado pico, que

(1) Job, XV, 33.

(2) Salmo I, 3.

(3) Isaías, LXIX, 6.

(4) San Mateo, XXXIV, 28.

*la leyenda
del águila*

le era imposible coger el alimento para injerirlo; sus plumas empezaban a caerse, sus ojos se llenaban de un humor acuoso y de unas escamas que la impedían ver; sus fuerzas flaqueaban y la muerte parecía cernerse sobre ella. Entonces el águila, recogiendo sus últimas fuerzas, se lanzaba en raudo vuelo sobre la superficie del mar; cuando éstas flaqueaban, se dejaba caer en el líquido elemento; después de zambullirse en él, se colocaba sobre una peña, exponiéndose a los rayos del sol, permaneciendo en este estado algunas horas. El milagro estaba hecho: las plumas volvían a renacer, ella misma afilaba su exagerado pico contra las peñas, las escamas caían de sus ojos, el humor acuoso desaparecía, y el águila, remozada, se elevaba en majestuoso vuelo hacia el sol, al que desafiaba mirándole cara a cara. ¿No vemos en esta renovación un símbolo del bautismo? Así comentan los exégetas el versículo del Salmo: «El que sacia con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como el águila» (1); añadiendo que el águila es símbolo de la regeneración del hombre por el bautismo, que se muda por él en nueva criatura, así como el águila se renueva en su vejez por los últimos restos del vigor que le queda. Del mismo modo llama San Pablo al bautismo: «Lavatorio de generación y renovación» (2).

Aun hay en nuestra pila unas escenas de animales que luchan. Ocupan la chambrana dos animales erguidos sobre sus patas traseras; con sus patas delanteras se unen en un fuerte abrazo. Por el esfuerzo y la actitud de sus cuerpos, se ve que los animales luchan. Estos animales, que también se encuentran esculpidos del mismo modo en los canecillos del ábside, se hallan torpemente ejecutados y parecen un león y un oso. Ambos tienen su significado. Hemos hablado del león y presentado su simbolismo bueno; pero también lo tiene malo. El es el león rugiente, el demonio, que arrebató las almas. El oso simboliza al hombre cruel. Así nos dice Isaías: «El oso y el cordero pacerán juntos» (3), refiriéndose a la venida del Mesías, en virtud de la cual el hombre cruel, apacientado por la doctrina santa del Señor, se hará como una oveja. Pero el oso aparece en la Sagrada Escritura unido al león en el pasaje que dice: «Yo, tu siervo, he matado al león y al oso» (4); lo que quiere decir: yo he

(1) Salmo CII, 5.

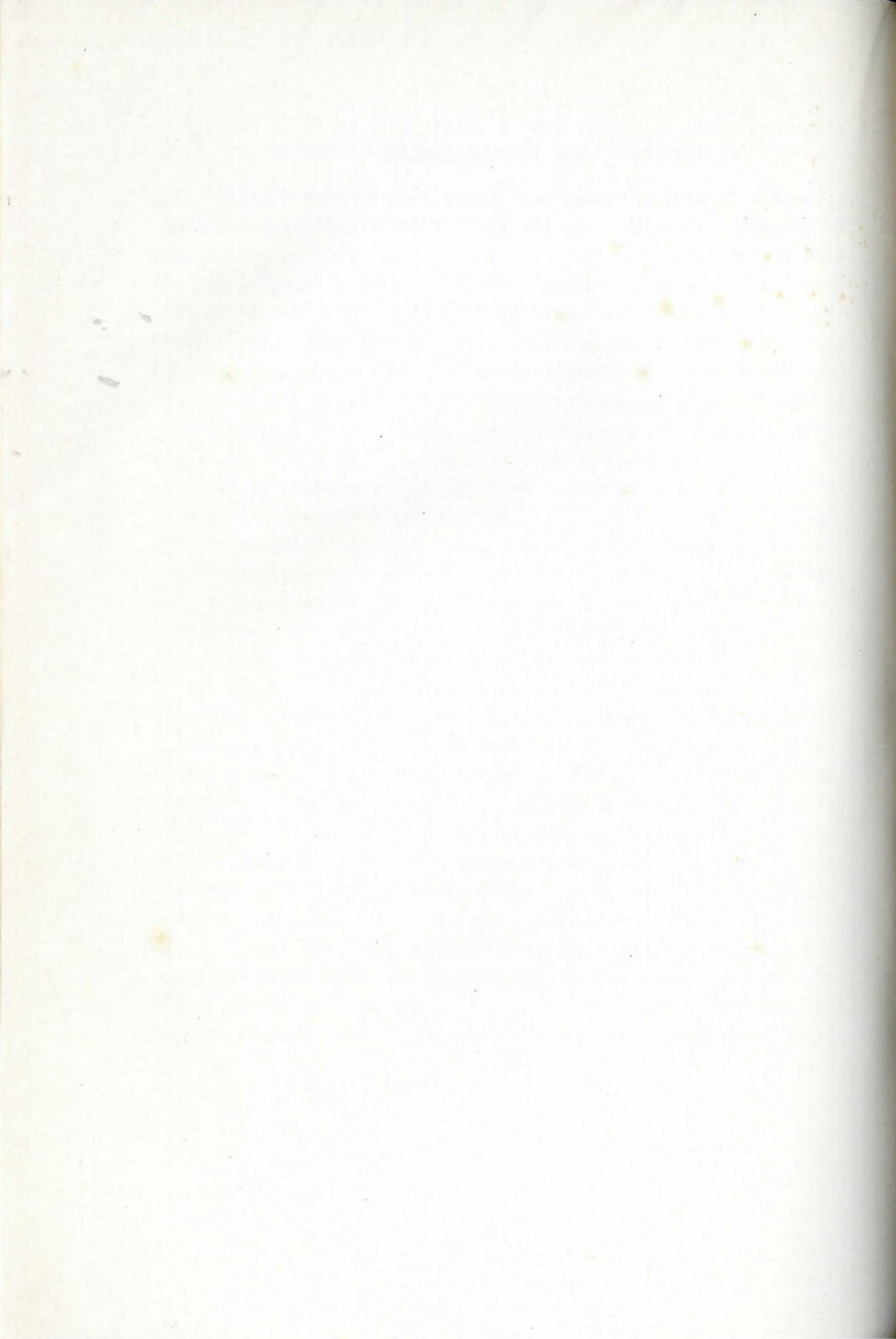
(2) Epístola a Tito, III, 5.

(3) Isaías, XI, 7.

(4) I Reyes, XVII, 36.

extinguido en mí la soberbia y la lujuria, los dos pecados principales del hombre, que el Santo Bautismo extingue (en nosotros, y de los que debemos vivir apartados siempre.)

He aquí, sucintamente expuestas, las enseñanzas esculpidas en la bellísima pila bautismal del santuario de Estíbaliz; ella ha permanecido muda muchos años; mas vuelve de nuevo a deleitarnos con su belleza plástica y con la santa doctrina que sus piedras predicán a través de los siglos.



E P Í L O G O

A raíz de la publicación de nuestro *Ensayo sobre el Simbolismo Religioso*, se nos instaba a publicar un tratado completo sobre el simbolismo, ardua tarea y muy superior a nuestras escasas fuerzas; afortunadamente, ha llegado hasta nosotros el Códice Claramontano (1), que el ilustre cardenal Pitra, ya citado, encontró, publicó y glosó en parte.

La *Clavis Melitoniae*, gracias al uso que de ella se había hecho desde la época de los mártires, de la que lleva trazas manifiestas, hasta el fin de la Edad Media, es uno de los monumentos más venerables de la antigüedad cristiana. Dom. Pitra desarrolla, como al vuelo, este papel de la Clave de Melitón, en algunas líneas que merecen ser citadas, y en ellas encontrará el lector las fuentes a las que debe acudir.

«Fué entonces, al encontrar este último manuscrito, cuando la Clave se nos presentó, no solamente como un libro inédito, sino como una literatura olvidada y poco menos que desconocida. En efecto; este formulario ha pasado de mano en mano, de siglo en siglo, de región en región. Cada país ha tenido sus comentadores; cada iglesia su escuela; cada edad, un eco de esta voz apostólica. Y este eco se repite en las homilías de los pastores, en los manuales de los catequistas, en los himnos de la liturgia, en los cantos de los poetas, aun en los argumentos de los doctores y los decretos de los papas, hasta en los glosarios de los gramáticos y los libros de apuntes de los artistas.

»Yo he expresado en otra parte este desarrollo secular. Yo he recordado, y con ello pudiera llenarse un libro, los formularios métricos de Silvio, de

(1) Este códice llevaba la siguiente mención: *Miletus, Asianus episcopus, hunc librum quem recte congruo nomine clavium appellavit... Codex fuit colegii Claramontani S. J. deinceps bibliothecae Columnensis.*

Dámaso, de Orencio, de Eunodio, reproducidos y comentados por Gregorio Nacianceno, Phebado de Agen, Nicetas de Aquilea, el papa Gelasio, etc. He pasado en revista todos los períodos simbólicos atribuidos a San Euquerio, a San Gregorio el Grande, al bienaventurado Rabano Mauro, a San Bernardo. No puedo comenzar de nuevo esta historia de la teología simbólica, y sin embargo, ella clama por un historiador más completo.»

«Porque no he hablado del lugar considerable dado a la Clave en las glosas tan populares de Walafrido Strabon, en las homilias de Hayman de Halberstadt, de San Ibo de Chartres y Honorio de Autun; en los comentarios bíblicos de San Remigio de Auxerre, de Lanfranco, de Ruperto de Túy, en la Cadena áurea de Santo Tomás, y en las apostillas de Lyrano.» Aunque el ilustre cardenal no los cita, nosotros hemos podido comprobar la existencia de las fórmulas melitonianas en el divino Prudencio, en los Padres Toledanos, especialmente en San Isidoro, San Ildefonso y San Eugenio. «He omitido enteramente el papel dogmático que conservan aún en la cátedra de los doctores de los siglos VI al XII, donde las encontraremos hasta en las obras magistrales de Guillermo de Auxerre, Odón de París y de Pedro Lombardo. Apenas he podido indicar el cómo la Clave tomaba la amplitud de una Summa en el *Oculus* de Alain de Lille, en la *Rosa Alphabetica* de Pedro de Capua, en las vastas compilaciones de los Victorinos, hasta el punto de llenar los cinco volúmenes atlánticos de Pedro de Berchoeur, que, sin embargo, no hacía sino una recopilación, *Reductorium morale*. Yo me he parado en los dinteles del siglo XIII, cuando la suma simbólica era tan vasta que hubo necesidad de dividirla en Fisiólogos, Bestiarios, Volucrarios, Herbarios y Lapidarios: la naturaleza entera entraba dentro del simbolismo melitoniano.»

«Me queda sobre todo una profunda pena estéril para siempre: es el no haber tenido ni competencia acreditada, ni campo libre para desarrollar la Clave Melitoniana en todas las épocas y en todas las variedades del arte cristiano. Los arqueólogos no han tenido aún, que yo sepa, en cuenta estos cánones apostólicos del arte: muchos han hablado de ellos desdeñosamente, los más indulgentes han acordado el beneficio del silencio.»

«Es posible que abusemos, puede ser: pero esperamos un sabio valiente, que, armado de todos los descubrimientos sagrados y profanos de la antigüedad, aprovechándose de la luz que de día en día ilumina cada vez más todas

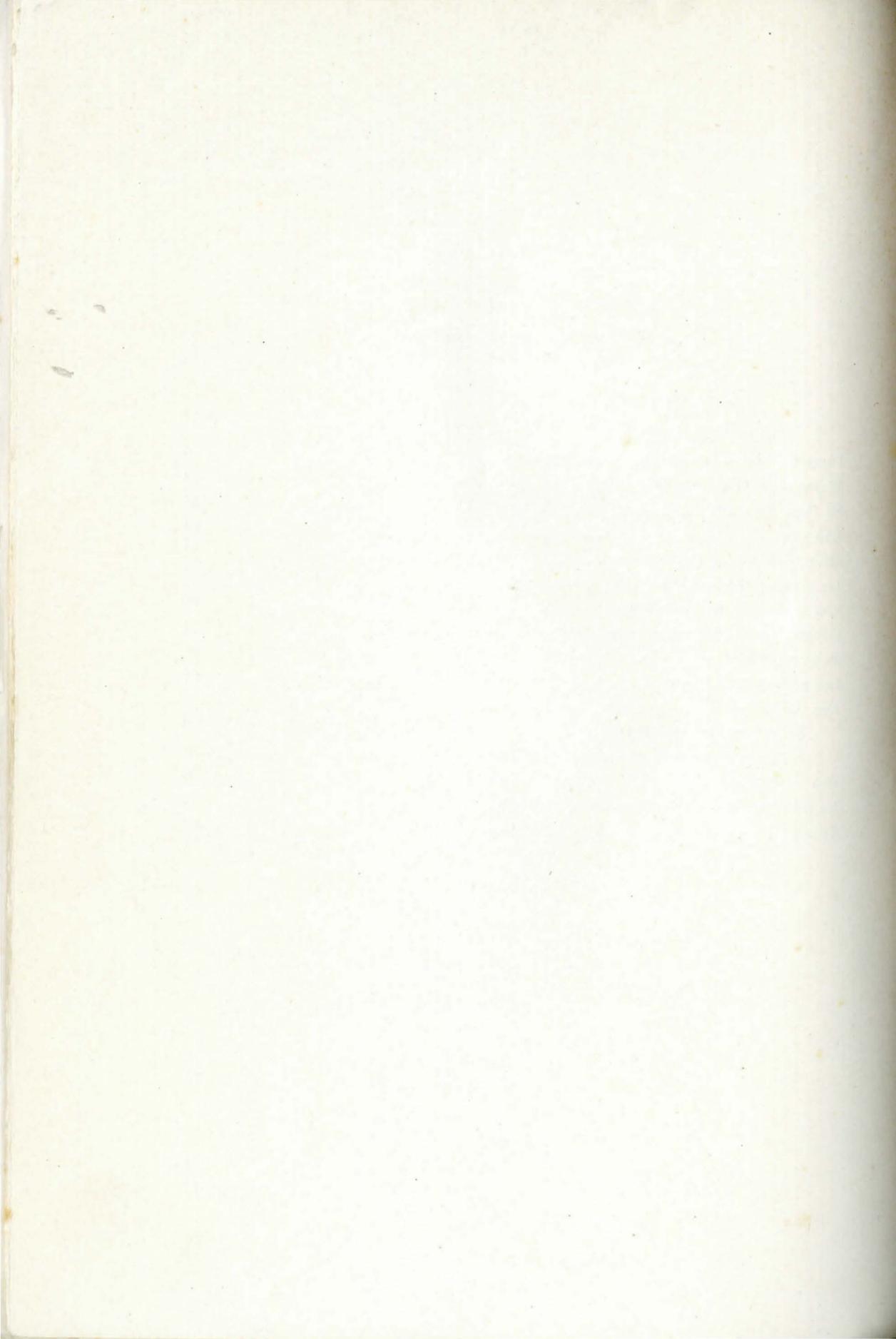
las épocas y todas las escuelas del arte cristiano, demuestre cómo las leyes del simbolismo, formuladas por San Melitón, dominan en las pinturas y las esculturas de las catacumbas, cómo brillan en los sarcófagos, las gemas y los mosaicos; cómo sobreviviendo a las invasiones de los bárbaros, se incrustan en las monedas, los sellos, los escudos de armas y los esmaltes del feudalismo; cómo estas fórmulas arden en los vidrios de las catedrales; cómo son iluminadas en las más antiguas y en las más recientes miniaturas.»

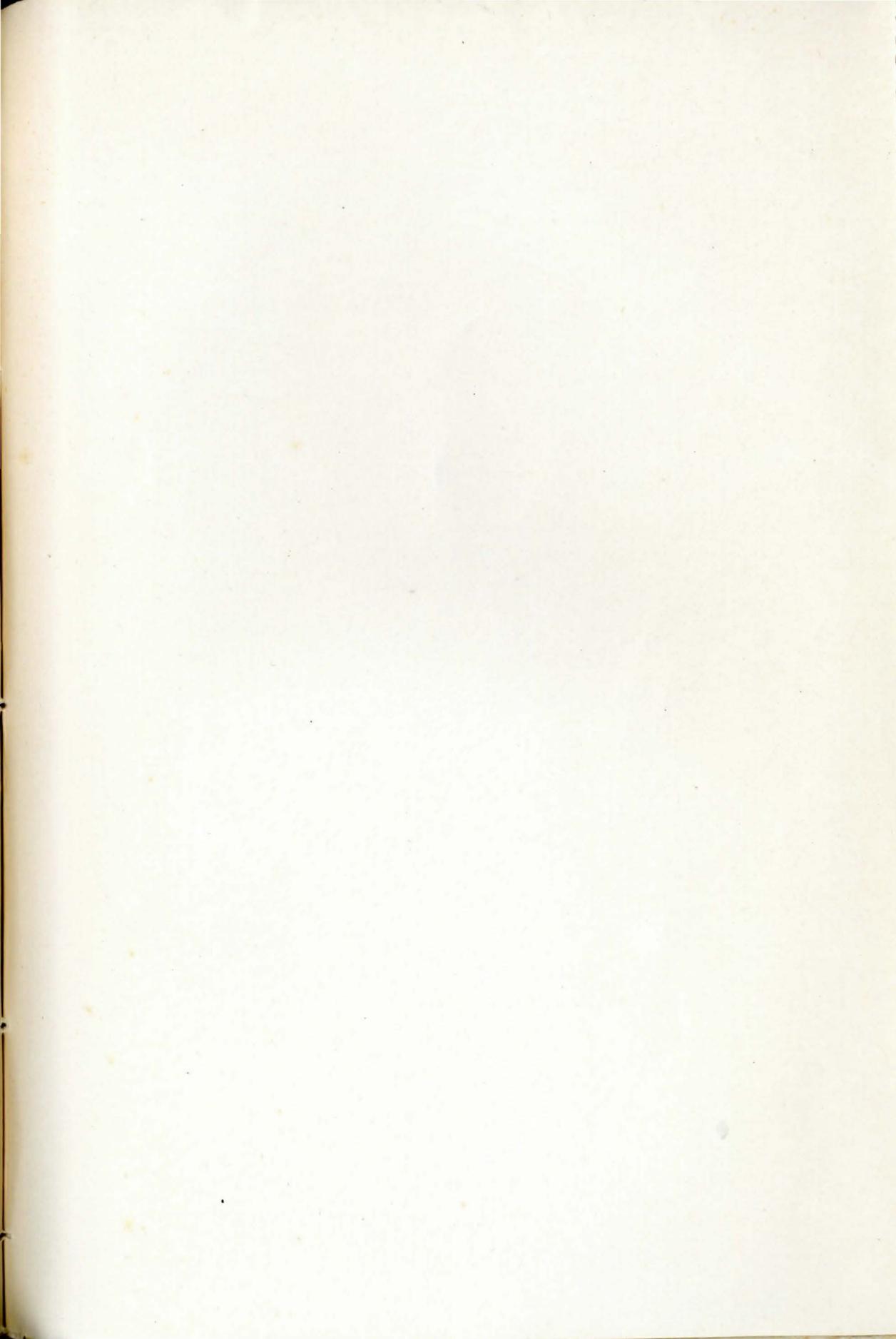
Por la importancia que ha tenido en la Iglesia este monumento de la antigüedad, es fácil de comprender que estas fórmulas están ligadas a todas las manifestaciones de la vida cristiana, y el arqueólogo que desee establecer una historia sobre los restos del pasado, encontrará en ellas un guía seguro y la solución de muchos problemas que son para él un enigma.

Al finalizar nuestro trabajo nos creemos obligados a demostrar nuestro agradecimiento a todos aquellos que han contribuido de algún modo a su publicación. Debemos hacer mención, en primer lugar, de mi distinguido amigo el profesor de la Escuela de Arquitectura de Barcelona, don Emilio Canosa, que inició su publicación, y a quien debo la mayor parte de los clichés que la ilustran, asimismo a su hermano Marino, distinguido arquitecto, que me ha honrado con sus trabajos; a mis queridos amigos don Fernando Calderón, que me ha proporcionado las fotografías del Claustro de Santillana y Santa María del Yermo, debidas a los señores Montes y Ceballos; a don Juan Basterra, que hace muchos años me obsequió con las de San Pedro el Viejo, de Huesca, y no he podido saber a quién son debidas; al distinguido abogado de Burgos, don Leandro Cadiñanos, a Mr. Paul Maussolff, arquitecto en Nueva York; a mis hermanos de hábito RR. PP. Juan Usón y Saturio González, y por último, a los distinguidos artistas Alfonso Vadillo, Amado Avila, señores Ojeda y Torcida, que han puesto a contribución sus talentos para que los grabados de la obra cubran las muchas lagunas de nuestro trabajo. Por último, queremos agradecer a la casa Espasa-Calpe la buena acogida que nos ha hecho y el cariño con el que ha tomado nuestra empresa.

INDICE

	<u>Páginas</u>
Introducción al estudio del Simbolismo	9
Hojas de acanto. Flores y frutos	23
El Hom oriental	35
Las aves	51
Hom, halcones y liebres	61
La inmensidad de Dios	77
Las langostas del Apocalipsis	86
Dragón en el árbol de la vida	91
Torneo fantástico	100
Los soldados de Cristo	109
Dos portadas:	
La Puerta de las Vírgenes	131
La Puerta Speciosa y la profecía de Isaías	145
Dos ventanales	177
La pila bautismal del santuario de Estíbaliz	185
Epílogo	201







9

ATA
83

Diez pesetas